

11701

Feb 26 / 89

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL COLLAR DE LESCOT,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA.

1196

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.^o
1868.

L47
3678

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antaño...
Abelardo y Eloísa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenco.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
Como se empena un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo a cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contraste s.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carniol.
Candidato.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música a otra parte.
Cura y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomas.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Dónde menos se piensa...
D. José, Rene y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano a la boca.
Debie emboscada.
El amor y la moda.
Está loca

En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El nino perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filantropo.
El hijo de tres padres.
El ultimo vais de Weber.
El hongo y el mirinchaque.
¡Es una maíva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El oncenno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, o el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichón.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diabolo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fe en Dios.
Caspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.
Instituto de Alarcón.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchón.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los exstasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrolobia.
La cuenta del zapatero.
Los quil pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Ternerel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las hermanas de la Caridad.
La niña Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria).
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los inchieles.
Los moros del Riff.

EL COLLAR DE LESCOT.

José Rodríguez

55-6

EL COLLAR DE LESCOT,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ANTONIO HURTADO.

Representado por primera vez en el teatro de la Zarzuela el dia 17 de
Octubre de 1868

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18
1868.

PERSONAJES.

ACTORES.

MADAME BEJARD DE MOLIERE.	} SRA. D. ^a TEODORA LAMADRID.
LA STA. LATURELLE.....	
LA STA. LEDUX.....	D. ^a CARMEN FENOQUIO.
JUAN BAUTISTA POQUELIN (Moliere).....	Sr. D. VICTORINO TAMAYO.
EL CONDE DE LESCOT, presidente del Parlamento de Grenoble.....	D. ANTONIO ZAMORA.
BARON, actor protegido de Moliere.....	D..... MAZA.
EL MARQUÉS DE LATORILLIERE.....	D. EMILIO MARIO.
Actores, actrices, comparsas y mosqueteros.	

París, Febrero 1873.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

.....

.....

.....

«Por una singular casualidad, vivia por entónces en París una mujer entretenida, llamada Latourelle, que se parecia perfectamente á madama Moliere. Esta mujer se servia para sus intrigas de una zurcidora de voluntades llamada Ledoux. Siempre que esta última llegaba á conocer la inclinacion de algun hombre por Madame Moliere, lo cual era frecuente, porque esta actriz era encantadora y tenia mucho partido en el teatro, se daba trazas para atraerse al amante y hacerlo caer en las redes de la Latourelle. Ninguno de ellos conoció la superchería hasta que ocurrió el suceso de Lescot, presidente del parlamento de Grenoble. Enamorado de Madame Moliere, valiése de la Ledoux para hacerla conocer su pasion, y esta le procuró varias entrevistas con la señorita Latourelle. Lescot creyó por mucho tiempo que poseia el corazon de la señora Moliere y fué liberal con ella hasta la prodigalidad. Todas las noches asistia al teatro para admirar á la mujer que juzgaba suya, si bien no osaba visitarla en su cuarto ni hacerla señal alguna de inteligencia, segun las continuas recomendaciones que le habia hecho la Ledoux. Una mañana la señorita Latourelle faltó á la cita que tenia dada á Lescot; Lescot por la noche, celoso é irritado, fué al teatro, penetró en la habitacion de la señora Moliere y la pidió explicaciones de su conducta. Madama Moliere creyó loco á Lescot; llamó en su auxilio á sus compañeros de teatro, y habiendo intervenido la justicia, se vino en conocimiento de las intrigas de aquellas dos aventureras, que

acabaron por confesar el abuso que habian hecho de la semejanza de la Latourelle con la señora Moliere.

Ambas fueron azotadas delante del teatro de Richelieu.

Desgraciadamente Moliere no tuvo conocimiento de esta intriga, que puso á cubierto la honra de su esposa. Abrumado de disgustos y creyéndola infiel, habia muerto un año ántes.»

Extracto de la VIDA DE MOLIERE, por Mr. Petitot. Edicion de Gide Fils, 1820.

ACTO PRIMERO.

Gabinete despacho de Moliere: moviliario y adornos del tiempo de Luis XIV: mesa de escribir: estantes de libros, coronados de bustos de poetas célebres de la antigüedad: trofeos de armas y cuadros con coronas en las paredes. Á la derecha del actor, en primer término, el dormitorio de Moliere: á la izquierda, en primer término, la habitacion de Mad. Moliere: en segundo la que comunica con las habitaciones interiores: entre ambas puertas un espejo, una mesa dorada, adornada de reloj y candelabros de la época. Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

La LEDUX, saliendo del dormitorio de Moliere.

Todo lo dejo dispuesto: la casaca de vestir, corbata limpia, su capote de calle, su sombrero. Llegar, vestirse y salir al ensayo, todo puede ser uno. (Mirando al reloj.) Las diez: dentro de una hora estará aquí.—Afortunadamente la señora no volverá á casa hasta más tarde si ha de tener el traje arreglado para esta noche. Tenemos, pues, una hora; tiempo sobrado para que la buena Laturelle satisfaga la exigencia apremiante del señor presidente de Grenoble. Estos señores de la corte

son tan caprichosos! con nada están contentos!... Quer-
rer visitarla en su propia casa!... Y hoy!... precisa-
mente hoy, que viene de Auteuil el señor Moliere!...
Habérsele ocurrido al rey dar una fiesta esta noche!...
cuando el señor Moliere está en Auteuil, no es muy
difícil llevar á cabo estas comedias.—Como la señora
sale á sus devociones y no vuelve hasta la tarde; como
yo me quedo hecha dueña absoluta de la casa, merced
á lo cual he podido poner en comunicacion la casa de
la señorita Laturelle con mi propia habitacion, nada
más fácil que explotar la credulidad de los apasionados
de madame Moliere. Verdad es que la cosa es para en-
gañar al diablo; la misma cara, la misma estatura, la
misma voz, los mismos accidentes!... Y luego, como yo
me encargo de hacer que se vista, que se peine, que
se perfume, como se perfuma, se peina y se viste la
señora Moliere, ¿quién puede distinguir las, si hasta yo
misma llevo á confundirme á veces? Digo! cuando el
duque de Guisa y el marqués de Lauzun, que son sabue-
sos finos, no han olido la farsa... ¿Habrá exactitud en
los parecidos?... (Deteniéndose á escuchar.) Eh? creo que la
siento andar en mi habitacion: son las diez... (Mirando.)
pues... ella misma!... ¿Quién podrá decir que no es la
señora Moliere en persona?

ESCENA II.

LEDUX, la SEÑORITA LATURELLE.

LA T. (Saliendo vivamente.) Es la hora: asomaos al balcon, mi
buena Ledux, y acechad la venida del presidente.

LEDUX. Oh! no hay cuidado, no tardará. ¡Hombre más exacto!

LAT. Es que hoy corremos un doble peligro: Moliere puede
llegar, su esposa puede tambien anticiparse; y si se
descubre el juego infernal en que estamos empe-
ñadas...

LEDUX. Estad tranquila. Ni Moliere, hombre de un método
inalterable, anticipará su venida á la hora que tiene

señalada, ni su esposa estará en casa para recibirle. Esto sería demostrar por él un cariño que por sistema se ha empeñado en ocultar desde que se rompió entre ambos la buena inteligencia y la armonía conyugal; y hoy, como siempre, querrá que el señor Moliere encuentre en su casa de París la misma soledad y el mismo vacío que experimenta en su casita de Auteuil.

LAT. Ah, mi buena Ledux, debo confesaros que eso me produce remordimientos de conciencia!

LEDUX. Bah!... (Con desden.)

LAT. Mientras nuestras intrigas no han tenido consecuencias, mientras no han pasado del misterio y la reserva que conviene á nuestro interés, esas intrigas me han servido de entretenimiento y diversion. Pero desde que el orgullo del duque de Guisa y la ligereza del marqués de Lauzun dieron pávulo á un escándalo, lastimando la opinion de una mujer honrada é inocente y llevando la desesperacion al alma de un hombre digno de respeto, siento dentro de mí una voz que me acusa, que me hielá la sangre y me produce terrores inexplicables.

LEDUX. Bah!... bah!... bah!... Andaos ahora en remilgos y en escrúpulos de monja! Qué sería de vos sin la semejanza que teneis con la señora Moliere? Ignorada, desconocida y miserable pasaríais aún entre la multitud, siendo una mala actriz de provincia, si la casualidad no os hubiera puesto ante mis ojos, inspirándome el pensamiento de hacer vuestra fortuna y mi fortuna. Y no porque valgais ménos que la señora Moliere, no; teneis sus mismos encantos, su misma gracia y su mismo talento: mas entre ella y vos existe ahora un abismo: el abismo que os separa del escenario, de esas cuatro tablas levantadas sobre el nivel del suelo, que hacen de la Moliere una reina y de la mujer un ídolo.

LAT. Oh! sí, teneis razon.

LEDUX. Pero ya se ve, como ella tiene lo que vos no teneis, una esfera propia de accion; como ella reina en la escena sin rival y hace ostentacion todas las noches de sus

gracias y de sus encantos, doblemente seductores con el resplandor de las luces, con el brillo del oro, de la seda y de los encajes, cuando se mueve embriaga á la multitud, cuando se rie la hace enloquecer, cuando llora, acaba por fascinar.

LAT. Sí, sí; todo eso es verdad, ese el secreto de su poder sobre los corazones.

LEDUX. Por eso las mujeres se desesperan y la envidian, por eso los hombres la aplauden y la adoran. Esa es la diferencia que existe entre vos y la señora Moliere. Pues si vos tuvierais un pedestal como el suyo; si pudieran oiros declamar «*La escuela de las mujeres*,» ¿no podriais decir como ella «el mundo es mio?» Verdad es que vos podeis decirlo con más razon, pues al fin y al cabo, todos esos corazones que por ella suspiran, que arden en deseos por ella, y que ella desdena con una virtud incalificable, se rinden á vuestros piés engañados por vuestra fascinadora semejanza.

LAT. (Con sentimental coquetería.) Ay, Ledux!... pero ninguno de esos corazones es mio! Si pudierais comprender toda la amargura que encierra esta triste realidad!... Más de una vez ante esos inmensos tesoros de pasion arrojados á mis plantas, ante esos trasportes de increíble locura desenvueltos á mi vista, mi corazon, avergonzado ó envidioso, se ha revuelto dentro de mí produciéndome un sentimiento indefinible. No sé qué secreta voz se ha levantado entónces dentro de mi conciencia, que removiendo los últimos átomos de mi virtud, me ha impulsado más de una vez á gritar: «No prosigais, esas palabras de amor no me pertenecen, esos trasportes apasionados no son para mí; yo soy un ídolo falso, soy una mentira viva soy, en fin, una mujer indigna y miserable.

LEDUX. Pues!... Y al dia siguiente, el duque de Guisa, el marqués de Lauzun, todos los engañados adoradores de la señora Moliere, os llevarán al Tribunal de Justicia; y el Tribunal de Justicia, despues de sacaros á la ver-

güenza por las calles de París, os encerrará para siempre donde no volvais á ver la luz.

LAT. (Con terror.) Oh!... por Dios! no me lo digais!... ¿Veis cómo es infernal el juego en que estamos empeñadas? Veis cómo tienen razon de ser los terrores inexplicables de que os hablabahace poco?... (Aterrada.) ¡La vergüenza, la ignominia, y por último, una prision eterna!... Muerta á los goces de la vida, y llevando en el alma tesoros inagotables de amor y de ternura!...

LEDUX. (Con curiosidad.) Hola!... hola!... ¿conque esas tenemos? conque el señor Lescot, conque ese señor presidente del parlamento de Grenoble ha hecho mella en vuestro corazon?

LAT. Oh! sí; ¿por qué negarlo? Le amo, le adoro, le idolatro, y el amor se aviene mal con la mentira. Es tan bueno, tan leal, tan generoso, tan apasionado!...

LEDUX. Ya!... Qué apostamos á que quereis retenerle, subyugarle, obligarle á que os ame por vos, únicamente por vos?

LAT. Sí, Ledux, sí; porque esa haria mi suprema felicidad?

LEDUX. (Despues de un momento.) Pues bien, un día cualquiera (mañana mismo si quereis), abandonais la Francia; os poneis fuera del alcance de la justicia, y dejais al señor Lescot frente á frente de la realidad.

LAT. Y qué?

LEDUX. Lescot pedirá explicaciones de su frialdad, de su desvío, á la señora Moliere: la señora Moliere, sorprendida, irritada, herida en su dignidad, querrá defenderse lanzando sobre él la inmensidad de su desprecio; habrá escándalo, un escándalo más, pero en el corazon de Lescot quedará el vacío. Yo os impondré de todo, os lo escribiré todo, y entónces podreis alzar el velo de esta intriga revelándola á Lescot.

LAT. Y qué? creéis que escribiéndole quedará desarmado de sus iras, no tendrá un solo resentimiento para mí?

LEDUX. (Riendo maliciosamente.) Veo, mi querida Laturelle, que no conoceis aún el corazon del hombre. Si al es-

cribirle teneis la habilidad de indicarle el punto de vuestro retiro, le vereis entrar un dia en vuestro gabinete, arrodillarse á vuestras plantas, y le oireis exclamar apasionadamente: «Quien quiera que seais, amadme: porque vuestro recuerdo me abruma y vuestro amor es mi vida.»

LAT. (Despues de un momento de silencio.) Sabeis, mi querida Ledux, que teneis un talento infernal?

LEDUX. (Con indiferencia.) Oh, no; hija mia, no: lo que tengo es experiencia y conocimiento de las debilidades humanas. (Escuchando y yendo al balcon.) Pero callad; es su carroza: se ha detenido en la esquina inmediata: sale: la carroza se vuelve. (Volviéndose del balcon.) Ya está ahí.

LAT. (Al espejo.) Estoy bien, mi querida Ledux? Falta algun detalle?

LEDUX. Ninguno!... estais encantadora!—Ea; pues que lo mismo que la Moliere podriais desempeñar «*La escuela de las mujeres*,» valor! Haced bien vuestro papel, y más tarde... á Italia... Italia es un buen pais, y allí viviremos felices.

LAT. Oh! Dios mio!... que no sea un sueño!

LEDUX. Silencio: ahí está!

ESCENA III.

DICHAS, LESCOT.

LAT. (Saliendo á su encuentro.) Os ha visto álguien?

LESCOT. (Besándola una mano.) Nadie.

LAT. Ledux, cerrad y vigilad desde el balcon.

LEDUX. Descuidad, señora, descuidad.—Servidora vuestra, señor presidente. (Cierra y se entra en el balcon.)

ESCENA IV.

LESCOT, LATURELLE.

LESCOT. (Con pasion.) Me aguardabais?

LAT. (Señalando al reloj.) Hace diez minutos.

LESCOT. Oh! amor mio! (Besándola una mano.)

LAT. (Poniéndole una mano en los labios con coquetería.) Silencio! Estais en el gabinete de Moliere y esos bustos pudieran decirle que acababa de ser profanado el templo de las musas!

LESCOT. (Con cierto empacho.) El gabinete de Moliere! .. Por qué me recibis aquí? Yo he deseado veros en vuestra habitacion, respirar el aire que respirais todos los dias, detener mis ojos en los objetos que os recrean y fijar mis plantas en el mismo pavimento que os sostiene. Ver, examinar detenidamente ese recinto; tocar los muebles que tocaís, conocer el santuario que os guarda, es querer llenar el alma de recuerdos embriagadores, es casi tanto como querer vivir de vuestra vida. Así una vez satisfecho mi deseo, en esas larguísimas horas que paso lejos de vos, hubiera recreado mi espíritu en todo lo que tiene relacion con vuestra existencia. Allí... (me hubiera dicho recordando todos los objetos que os pertenecen) allí, se sienta; allí, reclina su cuerpo delicado: en aquel sitio tiene su clavicordio, en este tiene su tocador, en el otro estudia. Cerrando los ojos y compartiendo en mi fantasía las horas de vuestras ocupaciones, hubiera asistido invisiblemente á todas ellas tranquilo, sereno, con el alma llena de pasión y de ternura, diciéndome siempre bajo, muy bajo, con ese acento que parte del corazon y que nunca llega á los labios: «Ahora despierta: se levanta, se pone en su tocador, destrenza sus cabellos; ahora entra Ledux, ahora adorna aquella frente toda luz é inteligencia; la viste, la engalana, la deja sola... ¡Suspira!... quizá ¡es por mí... sí, es por mí! porque en sus labios se ha dibujado una sonrisa, y en sus ojos ha brillado un rayo de felicidad.»

LAT. Vanidoso! .. (Sonriéndose y tendiéndole una mano que besa.)

LESCOT. No, vanidoso, no, loco de amor! Pero hé aquí destruida en un momento toda la ventura que me prometia en esos instantes de vaguedad y de éxtasis deliciosos!

LAT. Por qué?

LESCOT. (Con despecho.) No lo adivinais? Ahora, á todas esas imágenes evocadas continuamente por mí, vendrá á unirse el recuerdo de este gabinete. Sin este recuerdo, os hubiera creído sola, libre, dueña de vuestro albedrío; mientras que con él tengo que pensar en mi daño, que existe un hombre, cuyo nombre llevais, que tiene el derecho de entrar y salir en ese recinto, donde quisiera que solamente pudiera penetrar mi pensamiento.

LAT. (Siempre con coquetería.) ¿Celoso tambien?

LESCOT. ¿Y como no serlo? Moliere, es vuestro esposo, os ama, dispone de vos. En el recinto del hogar, no os pertenecéis; no os pertenecéis en la escena, porque en la escena os debeis á su genio: aquí sois su musa, allí su gloria. ¿No es todo esto bastante para envidiarle, sobrado para aborrecerle?

LAT. Oh! qué crueldad! Aborrecer á Moliere! No lo digais!

LESCOT. ¿Por qué no? Antes de conoceros, ántes de admiraros, ántes de enloquecer por vos, yo tributaba á Moliere la veneracion que se debe al talento que crea y al genio que subyuga. Pero hoy—os lo confieso ingenuamente—abrigo para él un sentimiento que no acierto á definir. Le admiro y le odio, le aplaudo y le envidio. El eco repetido de su nombre me irrita, el resplandor creciente de su gloria me desespera.

LAT. (Sonriendo tristemente.) Pobre Moliere!

LESCOT. (Con despecho.) Pobre Moliere! (Con enojo.) El hombre que acumula todas las felicidades de la tierra, el aplauso de la multitud, el favor de la corte, el afecto del rey, y lo que vale más que todo eso, la dicha de llamarnos suya! ¿Y quereis que le compadezca? Á él, que os lleva atada y sujeta por toda su vida al carro de sus triunfos! Por Dios, por Dios!... no os mostreis tan compasiva, porque la compasion en vuestros labios se parece mucho al amor.

LAT. Cuán injustos son los celos, Lescot! Qué cruel es el

egoismo! (Con vivacidad y coquetería á la vez.) Decís que en el hogar como en la escena me debo á Moliere!... Y teneis valor para decirlo, vos que sabeis que mis pensamientos son vuestros solamente! Vos, el único entre la multitud que puede comprender toda la intencion de mis palabras, que puede apreciar el sentido que encierran mis frases y mis coloquios de amor!—No es verdad que cuando el público se agita y se revuelve en la sala como una serpiente gigantesca dejándose arrastrar por el eco de mi acento, vos solo, acertais á descifrar el secreto que da vida á los afectos que le hago experimentar? ¿No es verdad que cuando la corte entera prorrumpe en gritos y aplausos de admiracion; cuando los sabios del palacio de Rembouillet se deshacen en hipórbes sobre el poder del arte; cuando en las miradas mismas de Moliere sorprendeis el asombro que le producen mis repentinos efectos? ¿no es verdad, que allá en el fondo de vuestro palco os reis del aturdimiento de la muchedumbre, de la admiracion de la corte, de la critica de los sábios y de la candidez del mismo Moliere? No es verdad, que cuando todos á una gritan: «¡El génio!... ¡el génio!...» vos murmurais con el alma saturada de gozo... ¡el amor! ¡el amor!?

LESCOT. Oh! sí; en esos instantes todo me parece pequeño: sólo vos me pareceis grande: sólo yo tengo el secreto de vuestro poderío sobre los corazones.

LAT. (Con reconvencion.) Y despues de esto, no quereis que compadezca á Moliere! Ingrato!

LESCOT. Oh! (Vivamente.) No volvais á la compasion, os lo ruego. Yo no sé si esto es egoismo, no sé lo que es, quizá locura, pero creedme, me irritan hasta vuestros triunfos: ellos os encadenan á Moliere, ellos os hacen esclava del público. ¡Y para el alma de una mujer tan bella como vos, debe ser tan grata esa esclavitud que la asegura la inmortalidad!...

LAT. Os engañais, Lescot, os engañais: vos no conoceis la

vida de la escena: todos esos triunfos, todo el ruido de los aplausos, todos los esplendores de la gloria, los cambiaria yo de buen grado, y sin hacerme violencia, por los goces de una vida oscura y sosegada. Una casita en el campo, una quinta á orillas del mar, lejos del mundo, lejos de las pasiones humanas, hé ahí lo que constituye lo ideal de mis deseos.

LESCOT. (Vivamente.) ¿De veras? Romperiais fácilmente con esta vida de ruido y de gloria?

LAT. ¿Pues no? Sabeis vos á qué tormentos nos sujeta la envidia de los unos, la murmuracion de los otros y la calumnia del mundo, suspensa siempre sobre la cabeza de una actriz cual otra espada de Damocles?

LESCOT. (Con caloroso disgusto.) ¿Á quién se lo decis? Pues por qué he tenido empeño en veros á esta hora y en vuestra propia casa? Sabeis lo que se murmura de vos en el teatro de Borgoña?

LAT. (Con desden.) Quién podrá adivinarlo?

LESCOT. Pues se dice que, diariamente y á esta misma hora, en vuestra propia casa, y burlando la credulidad de Moliere, recibís las visitas de no sé qué personaje de la corte.

LAT. (Vivamente.) Ah! por eso anoche se pintaba el disgusto en vuestro semblante!...

LESCOT. Sí; por qué negarlo? Estaba celoso! ¿Qué amor está exento de dudas? Por eso insistí hasta la tenacidad en veros hoy aquí, á pesar de manifestarme que aguardabais á Moliere!

LAT. Pero eso es procurar un escándalo faltando á nuestras promesas: eso es querer perderme.

LESCOT. Esto es querer asegurarme de que se os calumnia: se ha hablado tanto de Guisa y de Lauzun!

LAT. Y vos dais crédito á esas infamias?

LESCOT. ¿Qué celoso no es desconfiado? Por qué os hice elegir anoche un collar en la joyería?

LAT. (Vivamente.) Ah!... pero no insistireis en que lo acepte, y ménos en que lo ostente en la fiesta de esta noche!

- LESCOT. Eso quiero.
- LAT. (Con terror.) Estais loco?
- LESCOT. Eso quiero: ese collar es digno de una princesa, y no podrá ménos de llamar la atencion de Guisa ó de Lauzun, si al verlo lucir esta noche en vuestra garganta se creen suplantados por un príncipe. Me es tan fácil adivinar la sorpresa de un amante en un solo gesto!
- LAT. (Vivamente.) Lescot! eso es indigno de vos!
- LESCOT. Eso es una prueba á que os somete un amor dispuesto á arrostrarlo todo.
- LAT. Pero cómo burlar la credulidad de Moliere?
- LESCOT. Esa es cuenta vuestra.
- LAT. Imposible!...
- LESCOT. (Celoso.) Imposible decís?
- LAT. Imposible!
- LESCOT. (Despechado.) Por respeto á Moliere?
- LAT. Por decoro á su nombre.
- LESCOT. Y sois vos la que cambiariais la gloria de la escena por la soledad de los campos, por el retiro á las orillas del mar?
- LAT. (Con desesperacion.) Pero, Dios mio!... quereis perderme!
- LESCOT. No; lo que quiero es ganaros para siempre; convencerme de que no amais á nadie; renunciar por vos á los esplendores de la córte, y hundirme con vos en el silencio del retiro.
- LAT. Dios mio!... Dios mio!...

ESCENA V.

DICHOS, LEDUX.

- LEDUX. (Vivamente.) Moliere!
- LAT. (Asustada.) Salid, Lescot, salid. Ledux, condúcele.
- LESCOT. (Resuelto.) Decidid, ó no salgo.
- LEDUX. Señor presidente, por Dios! vais á comprometernos!
- LESCOT. Aceptais el collar?...
- LAT. (Temblorosa.) Bien, sí, enviadle; Ledux estará al cuidado; pero partid!

LESCOT. Le ostentareis en la fiesta de esta noche?

LAT. (Violenta.) Oh!... qué sé yo!... no puedo contestaros: Moliere llega: partid.

LESCOT. (Con resolucion.) No salgo sin tener vuestra palabra.

LAT. (Vivamente.) Pues bien, sí, partid; haré cuanto gusteis.

LEDUX. Señor presidente, por Dios, pronto; Moliere debe subir por la escalera!

LESCOT. (Con pasion, buscando una mano á Latourelle.) ¿Y quereis que no le aborrezca, cuando me roba la dicha de estar á vuestro lado?

LAT. Ni un instante más; salid.

LESCOT. Adios!... Adios!... (Sale por la puerta de la izquierda, segun término, guiado por la Ledux.)

ESCENA VI.

LATOURELLE.

¡Dios mio, qué compromiso! ¿Qué hacer, qué inventar para que la Moliere luzca ese collar esta noche? ¿Si Ledux pudiera arreglarlo! Ledux tiene razon; está loco; loco de amor!.. Quitarle este amor, seria quitarle la vida. (Con fruicion) Oh! siguiendo los consejos de Ledux le haré mio para siempre.

ESCENA VII.

LATOURELLE, LEDUX.

LEDUX. (Vivamente.) Ahora vos. Pronto, salid.—Ya marchó.

LAT. Es que tengo que deciros que debe enviarme un collar para que lo luzca esta noche.

LEDUX. (Vivamente.) Ya me lo ha prevenido, estaré alerta y veremos de salvar la dificultad.

MOL. (Dentro.) Ledux!... mi buena Ledux!...

LAT. (Saliendo por donde entró.) Oh!...

LEDUX. Allá voy, señor, allá voy! Esperad un instante que cierre los balcones. (Los cierra, atropella un mueble.) Oh fatalidad!—Salid, Latourelle, salid.—¡Qué aturdi-

miento!... Quitaremos este asiento no le haga sospechar.—He estado esperando vuestra venida y no quiero que os resfrieis! Hace hoy una niebla!... Y como estais siempre tan delicado! (Ap. y mirando por donde salió Latourelle.) Oh!... ya no hay cuidado, ya está en su casa!... milagro ha sido! Ahora ya puedo abrir!

ESCENA VIII.

MOLIERE, MADAMA MOLIERE y LEDUX.

MOL. (Con capote y papeles en la mano.) Gracias á Dios!... Por dónde diablos andabais?

LEDUX. Cerrando, señor. No lo habeis oido? (Viendo á la señora.) Calla! tambien la señora.

MOL. Tambien la señora. Tiene esto algo de particular? Tiene algo de extraño que una mujer salga á esperar á su marido ausente?

LEDUX. No lo digo por tanto, señor Moliere. Como la señora no lo tiene por costumbre, y ademas, como me dijo que iba á casa de su costurera, la verdad, no esperaba...

MOL. (De mal humor.) Que no lo tiene por costumbre!... ¿Qué sabeis vos, bachillera! ¿Qué mujer no sale á esperar á su marido cuando su marido tiene la precaucion de prevenirla?

LEDUX. Ya! como otras veces...

MOL. Otras veces no es ahora. Y en fin, no hablemos más del asunto.

M. MOL. (Cariño.) Basta, amigo mio; por qué os incomodais? Ledux tiene razon: como no siempre avisais vuestra llegada, no siempre puedo salir á recibirlos.

MOL. (Secamente.) Es verdad. (Suavizando el gesto y la voz.) Perdonad, mi buena Ledux.

LEDUX. No hay por qué, señor, no hay por qué. (¿Qué será esto, se habrán reconciliado?)

MOL. ¿Habeis hecho mis encargos?

LEDUX. Sí, señor.

MOL. Tengo preparada la ropa de salir?

:

- LEDUX. Sí, señor.
MOL. Dijisteis á Baron que estuviera aquí á esta hora?
LEDUX. Sí, señor, y no tardará en venir.
MOL. Pues podeis ir á vuestros quehaceres; os llamaré si me haceis falta.
MOL. No vais al teatro?
LEDUX. Eh! qué afán de preguntar! Qué os importa? Idos.
LEDUX. (Asustada.) Ya me voy, señor, ya me voy. (Ap., saliendo.)
Pues si el otro envía ahora ese collar de los diablos!...
¡Estar en casa cuando debía ir al ensayo!...
MOL. ¿Todavía refunfuñando?
LEDUX. Jesus!... ya me voy, ya me voy!...
MOL. Vieja más curiosa!

ESCENA IX.

MOLIERE y MADAMA MOLIERE.

- MOL. (Dejando los papeles sobre el bufete y cambiando de tono.)
Perdonad, amiga mia, perdonad. Este genio maldito
que Dios me ha dado!... Comprendo que me aborrez-
cais;—¡viejo y enfermizo!
M. MOL. (Dando un paso á él con cierto temor.) Ah Dios mio! Pero
quién dice, Moliere, que yo os aborrezca?
MOL. (Viniendo hacia ella y deteniéndose en seguida.) Eh? será ver-
dad?... Oh! no; si es justo! si es justo que me aborrez-
cais! Soy tan ridículo!
M. MOL. (Se sienta y se cubre el rostro.) Oh, Moliere! sois impla-
cable!
MOL. (Presuroso á ella.) Qué es eso? vais á llorar? (Entre agrio y
cariñoso.) Bien, muy bien: ¡eso es! Lo que debeis hacer
es llorar mucho, mucho; así esta noche la córte adi-
vinará en la hinchazón de vuestros ojos, que Moliere
y la mujer de Moliere han tenido su agarrada de cos-
tumbre.
M. MOL. (Levantándose con orgullo y secándose las lágrimas.) Estad
tranquilo; la córte no tendrá motivo para adivinar los
sufrimientos de una pobre mujer. Yo os lo juro.

MOL. (Volviendo al bufete con cierta frialdad.) Me alegro: así representareis mejor vuestro papel, y vuestros admiradores no tendrán nada que desear.

M. MOL. (Reprimiendo su ira.) Oh!...

MOL. (Con ingenuidad volviendo á ella.) No, no direis que no procuro vuestro lucimiento. Ya veis que he escogido entre otras cosas para la fiesta de esta noche el segundo acto de la *Escuela de las mujeres*, que tan bien desempeñais y en la que tanto os haceis aplaudir. ¡Como que ambos estamos en situacion!... Como que el público lo comprende á las mil maravillas! (Exaltándose por grados.) ¡Y cómo no comprenderlo, si haceis la mujer inocente con un talento y una naturalidad!... Digo!... (Con ironía marcada.) Pues, ¿y mi papel? El papel de Arnolfo; el del hombre que cria y educa á esa mujer para sí; que la saca de la miseria, que la rodea de atenciones, de amor y de cuidados, para recoger en premio de sus beneficios la más inicua de las traiciones! No forma esto un contraste delicioso? Ciertó que este carácter debiera hacer llorar; pero ¿quién se conduele de un viejo enomorado? En eso precisamente estriba lo cómico del carácter, y eso precisamente es lo que hace reir,—je! je!

M. MOL. Moliere...

MOL. Carácter digno de Terencio, de Rabelais ó de Brentonm, mis tres autores favoritos!... (Se rie y se pasea restregándose las manos con agitacion.)

M. MOL. (Con viva dignidad.) Señor Moliere! Yo creia que el apartamiento en que vivimos hace dos meses hubiera sido sobrado tiempo para que empleando todos los recursos que están al alcance de vuestra mano, hubierais adquirido la seguridad de mi inocencia. Yo creia que en ese tiempo hubierais observado mis actos: que convertido en Argos de mi conducta hubierais adquirido la certeza de mi amor y mi honradez. Pero este apartamiento no ha servido, por lo visto, más que para engrandecer vuestros celos, para dar más consistencia á

nuestros enojos, y para hacer más vivo y profundo el sentimiento de vuestro desprecio hácia mí. (Movimiento de Moliere.) No me interrumpais: sé lo que vais á decirme: vais á evocar como siempre los nombres de Guisa y de Lauzun, y como siempre vuelvo á juraros ante Dios que uno y otro no han recibido de mí sino el más altivo desprecio.

MOL. (Sombrio.) Ellos han dicho lo contrario.

M. MOL. El mundo podrá creerlos, pero Dios sabe la verdad, y en su bondad y en su justicia confío.—Ahora escuchad lo que me resta deciros.

MOL. (Con calma y sin mirarle.) Hablad, os escucho.

M. MOL. La última noche que salgo á la escena, es esta noche.

MOL. (Vivamente sorprendido.) Eh?

M. MOL. Que en el recinto del hogar, que impulsado por vuestros celos, que en el paroxismo de vuestras iras queráis humillarme constantemente arrojándome al rostro cuanto os debo, disculpable es, si no generoso. Pero que todas las noches me saqueis á la vergüenza en el papel de Inés; que todas las noches digáis al público: «Esta es la mujer que yo saqué de la miseria para unirle á mi gloria; para rodearla de atenciones, de amor y de cuidados; y esta es la mujer que paga mis beneficios con traiciones.» Eso, señor Moliere, no quiero sufrirlo; no debo sufrirlo más.

MOL. (Confuso y aturdido.) Pero...

M. MOL. Vos habeis querido hacer una comedia de esos dolores íntimos que todo el mundo guarda en su corazon, si son ciertos; que todo el mundo sufre resignado en tanto que la verdad viene á disipar las dudas.—Habeis querido dejar consignado vuestro resentimiento ante el mundo, mi infamia ante la posteridad, y no han de decir la posteridad y el mundo, que no he sabido protestar de tan inícuca humillacion.

MOL. Y ¿qué pretendéis hacer?

M. MOL. Encerrarme en las Carmelitas.

MOL. (Asustado.) ¿Abandonarme para siempre!

- M. MOL. (Resuelta.) Para siempre.
- MOL. Estais loca!... Pues no sabeis que en vuestra calidad de cómica os debeis al rey?
- M. MOL. Esta noche cumpliré con él; mañana cumpliré con mi dignidad y con mi honra.
- MOL. (Queriendo detenerla.) Pero oid!
- M. MOL. Ni una palabra más —Ahora, llamad euando sea hora del ensayo. (Entra en su habitacion.)

ESCENA X.

MOLIERE, solo, y despues de un momento.

Pues, señor, bien; hé aquí lo que se llama un hombre completamente feliz: esto es como venir de la soledad para caer en el vacío. ¡Quiere abandonarme, y abandonarme para siempre! (Convencido.) Oh, y lo hará como lo ofrece! Cualquiera, al oirla, diria que tiene razon! Y sin embargo, Guisa y Lauzun se han batido por ella: el rey ha tenido que intervenir, y yo que callar! (Con ira reconcentrada.) Infame!... (Con calor.) No, callar no; sufrir resignado la vergüenza y la deshonra, no; ella lo ha adivinado perfectamente: todas las noches protesto de su iniquidad ante el público, y el público comprende la intencion que he tenido al escribir la «Escuela de las mujeres!» Yo la arranqué de las manos de la Bejard, de su madre, que queria perderla; yo la salvé de la miseria; la di mi amor, mi mano, mi vida... y en cambio de estos beneficios, me vende y me infama!... ¡Miserable! (Corrigiéndose.) No, ella no; yo, que la amo todavia; yo, que pienso en ella en mi soledad de Auteuil; yo, que me siento inclinado á perdonarla siempre que la tengo ante mis ojos... ¡yo soy el miserable! Dios mio! al pintar esos maridos necios, confiados y consentidos, ¿pinto la debilidad de otros, ó pinto mi propia debilidad? Sganarelle, Jorge Dandin, mis héroes de comedia, ¿sois los retratos del vulgo, ó

sois los retratos de Moliere? (Con desfallecimiento.) Y en esta situación, disponed una fiesta; ahogad vuestras penas en el corazón; exprimid vuestro cerebro; el rey, quiere divertirse esta noche, y es fuerza que Moliere le entretenga y le regocije!... (Riendo convulsivamente.) Já!... já!... já!... qué bella situación!... Quisiera tener con quien reir, porque estoy reventando por llorar!... (Cae sobre un sitio.)

ESCENA XI.

MOLIERE y LATORILLIERE.

- LATOR. Cáspita! señor Moliere, creí no encontraros ya en casa!...
- MOL. (Sólo este necio me faltaba.) Servidor vuestro, señor marqués!... (Haciendo por sonreirse.)
- LATOR. Meditabais, eh? Debe ser la meditación una gran cosa: yo nunca he meditado; jamás me ha dado por abí.
- MOL. Se comprende!... (Inclinándose.)
- LATOR. El servicio del rey no da espacio para nada.
- MOL. ¿Venis en nombre del rey?
- LATOR. Justamente.
- MOL. Sentaos, señor marqués, sentaos. (Vivamente.)
- LATOR. Obedezco y me inclino ante el genio de la Francia.
- MOL. (Con modestia.) Oh! por Dios!...
- LATOR. Así os llama el rey: el genio de la Francia: no hago más que repetir lo que dice su majestad.
- MOL. (Con malicia.) Sois, pues, el eco del rey?
- LATOR. Eso, su propio eco; el eco del gran Luis catorce.
- MOL. (Con malicia.) Eco de una voz que resuena en todo el mundo.
- LATOR. (Pavoneándose.) Eh... qué tal?
- MOL. (Ap., impaciente.) ¡Diablo de mamarracho! (Alto.) Adelante, adelante; comprendo toda vuestra importancia.
- LATOR. Pues bien: su majestad, el gran rey Luis catorce, acaba de decirme: «Latorilliere, id á casa de Moliere, id al teatro, si no le hallais en su casa, y recordadle mi en-

cargo. Decidle que el poetilla Boursault, creyéndose aludido en la crítica de la *Escuela de las mujeres*, le ha puesto en ridículo en el *Retrato del pintor*, ejecutado en el teatro de Borgoña.»

MOL. Miserable!... (Con desprecio.)

LATOR. Eso le llama el rey, miserable.

MOL. Proseguid. (Siempre impaciente.)

LATOR. Decidle—añadió su majestad el gran rey Luis catorce—que la corte entera espera en la fiesta de esta noche su desagravio.

MOL. (Levantándose vivamente.) Oh!... sí; podeis decir á su majestad que será completo. Veis?... (Mostrando los papeles que dejó sobre la mesa.) Ayer recibí su orden: anoche escribí esta improvisacion, y ya está sacada de papeles. Luego se ensayará, y esta noche, despues del segundo acto de la *Escuela de las mujeres*, se estrenará ante su presencia augusta. (Paseando agitado.)

LATOR. (Levantándose tambien satisfecho y con calor.) Já!... já!... y supongo que estareis duro! Eh! muy duro?...

MOL. (Muy impaciente.) Oh! sí, ya vereis; duro, muy duro.

LATOR. (Con valor.) Sed durísimo, yo os lo suplico, no merecen compasion; entre él y ese otro chiquillo Montfleury os sacan cada tira de pellejo...

MOL. Villanos, envidiosos!

LATOR. Y si fuera eso solo!... pero murmurar de vuestra mujer!...

MOL. (Deteniéndose ante el marqués.) Eh?

LATOR. Y de mí!... (Con enojo.)

MOL. (Con ira concentrada.) De mi mujer!...

LATOR. Y de mí!... si esa gente no perdona á nadie! Haciendo coro á los sabios del palacio de Rembillet, á cuyo sagrado recinto he querido pertenecer, dicen que he sido desairado por estólido (Airado.) ¿Eh? qué os parece?...

MOL. (Impaciente.) Pero de mi mujer...

LATOR. (Indignado.) Estólido... yo no sé lo que quiere decir estólido!... Quereis decirme lo que eso significa?...

MOL. (En el colmo de la impaciencia.) Pero ¿qué dicen de mi

- mujer, marqués, qué dicen de mi mujer?
- LATOR. Nada; comparado con lo que dicen de mí, poca cosa. Ya veis, de mí dicen que no sé ortografía: que el memorial que he elevado en demanda de un puesto en aquella ilustre academia, está plagado de solecismos!—Solecismos!...—Solecismos!—(Irritado.) Hombre, ¿de dónde sacan tales gentes esas palabras? Estólido! Solecismos!... Y como si eso no fuera bastante, añadir que no sé ortografía.
- MOL. (Paseando con la mayor impaciencia.) ¡Jesus!
- LATOR. ¡Que no sé ortografía! Yo que sé de memoria la lección que dais á todos los necios en vuestro *Aldeano caballero*! La ortografía! es decir, el conocimiento exacto del valor de las letras!... De las letras, que se dividen en vocales y consonantes!...
- MOL. Pero, por Dios!...
- LATOR. (Sin oírle.) Vocales... á, é, i, ó, ú... Hombre, si esto es sencillísimo!... Y decir que yo ignoro todo esto!...
- MOL. (Suplicante y sudando.) Pero señor marqués!...
- LATOR. No, no; si vais á ver como lo sé—A—letra que se forma abriendo la boca, así—A—.
- MOL. (Deteniéndose casi iracundo.) Oh!
- LATOR. (Cambiando de tono.) No, la—O— se forma de otro modo, redondeando los labios, así—O—.
- MOL. (Limpiándose el sudor.) Uf!...
- LATOR. No, la U es otra cosa; se aproximan los dientes sin cerrarlos, se prolongan los labios, como hacen los monos, y empujando el aliento se dice—U—. No es esto, amigo mio, no es esto? Pues si paso á formar las consonantes...
- MOL. (Ciego de cólera y cogiéndole de la casaca.) Oh!... no, no pasareis sin declararme ántes lo que dicen de mi mujer!
- LATOR. Ah!... de vuestra mujer!... sí, ya recuerdo; teneis razon para desear saber lo que dicen de ella.
- MOL. Gracias á Dios! sepamos de una vez!...
- LATOR. Pues dicen... nada!... cuentos de bastidor, chismes de candilejas; envidia, señor Moliere, pura envidia... no

- hagais caso!...
- MOL. (Colérico.) ¿Dirán que no vale nada como actriz?
- LATOR. Justo!... (Vivamente.)
- MOL. Que el favor que el público la dispensa, lo debe más á su mérito personal que á su mérito artístico?
- LATOR. (Vivamente.) Eso.
- MOL. (Colérico y celoso.) Que los aplausos que la prodigan van más á la mujer que á la artista?...
- LATOR. Cabalmente. Ya se vé, tiene tal gracia y reúne tales encantos!...
- MOL. (Siguiendo el curso de sus ideas, celoso.) Y tiene tantos adoradores!...
- LATOR. Pues!...
- MOL. (Tembloroso de ira.) Claro!... que esos aplausos serán considerados como otros tantos obsequios!
- LATOR. (Vivamente.) Oh!... lo que es en punto á obsequios, hay quien lleva su malignidad hasta el más alto grado.
- MOL. (Deteniéndose con frialdad.) Cómo?
- LATOR. Pues si hay quien me acaba de asegurar que anoche vieron á vuestra mujer en no sé qué joyería escogiendo en compañía de un caballero de la corte un collar para la fiesta de esta noche!
- MOL. (Tambaleándose y llevándose las manos al corazón.) Á mi mujer?... (Yendo hácia el punto de la habitación de su mujer.) Á mi mujer? Un collar?... ¡con un caballero?...
- LATOR. Si la envidia tiene entrañas de hiena...
- MOL. (Llamando.) Señora Moliere!... señora Moliere!... (Yendo á la puerta de las habitaciones interiores.) Ledux!... Hola, Ledux!...

ESCENA XII.

DICHOS, MADAME MOLIERE.

- M. MOL. Llamais?... Ah! (Reparando en el marqués.) no estais solo? perdonad, caballero. (Haciendo una reverencia y reparando en el gesto de Moliere.) Pero ¿qué teneis? os sentis mal?... (Yendo á él con vivo interés.)

- MOL. (Reprimiéndose y haciendo por sonreír.) No, no: es que deseo que me contesteis á una sola pregunta.
- M. MOL. (Vivamente.) Hablad.
- MOL. Qué hicisteis anoche?
- M. MOL. (Con ingenuidad.) Estudiar el papel que me enviasteis.
- MOL. No salisteis de casa?
- M. MOL. (Con dignidad.) Nunca salgo en vuestra ausencia.
- MOL. Ois? (Mirando al marqués.)
- LATOR. (Con ingenuidad.) Luego no estuvo en la joyería! No llamais á esta conclusion un silogismo?

ESCENA XIII.

DICHOS, LEDUX.

- LEDUX. Llamais, señor Moliere?
- MOL. (Afectando indiferencia.) Sí, no, es decir, habia llamado para preguntar si habias salido anoche con la señora.
- LEDUX. (Escandalizada.) Ave Maria Purísima!...
- MOL. (Disimulando é interrumpiendo á Ledux.) No, si ya sé que no salisteis?
- LEDUX. (Con naturalidad.) Estudiando se llevó toda la noche...
- MOL. (Vivamente.) Bien! bien... si no quiero saber más.—Mi capote de calle!... mi sombrero!... (Váse la Ledux.)
- M. MOL. (¿Qué significa esto?)
- MOL. (Mirando al marqués con intencion.) Eh? qué teneis que decir?
- LATOR. (Vivamente.) Decididamente esto es un silogismo:—premisa: se afirma que la vieron en la calle—prueba: no salio de casa—conclusion: luego no estuvo en la joyería. (Irritado.) Cáspita!... Y que á un hombre que sabe hacer silogismos se le haya desairado en el palacio de Rembaillet por estólido! (Cambiando de tono.) Duro en ellos, señor Moliere, duro en ellos; sed implacable esta noche: es preciso acabar con esa canalla!... (Respetuosamente en forma de despedida.) Saludo al genio de la Francia! servidor vuestro, señora Moliere!... soy vuestro admirador, vuestro más apasionado admirador.

ESCENA XIV.

MOLIERE, MADAME MOLIERE.

M. MOL. (Con el mayor asombro.) ¿Qué teneis? ¿Qué significa todo esto? Es posible que no haya un momento de paz en esta casa?

MOL. (Con el acento de la desesperacion.) Sabeis lo que dicen de vos nuestros euemigos del teatro de Borgoña?

M. MOL. Qué dicen?

MOL. (Mirándola de hito en hito.) Que anoche os vieron en una joyería eligiendo un collar para la funcion de hoy, acompañada de un caballero de la córte.

M. MOL. (Herida en su dignidad.) Pero esa es una infame calumnia! Y vos lo creeis? Y por eso me habeis sometido á un interrogatorio delante de una persona desconocida? (Desesperada.) Oh, Dios mio!... Este es el colmo de la iniquidad!

MOL. Silencio... Ledux!... que no se entere Ledux... (Bajando la voz.)

ESCENA XV.

DICHOS, LEDUX y por el fondo, el BARON con un estuche en la mano.

LEDUX. Vuestro capote de calle. El sombrero de salir.

MOL. (Con ira concentrada.) Dadme, traed el manto á la señora. (Al volverse ve al Baron.) Ah! sois vos, Baron? (Tomando los papeles de la mesa.) Me alegro, venis del teatro.

BARON. Sí, maestro.

MOL. ¿Están todos?

BARON. Nadie falta.

MOL. Pues á ensayar. (Le da los papeles.) Tomad y repartid estos papeles que deben aprenderse para esta noche. En seguida voy yo. (Reparando en el estuche.) Qué traeis ahí?

BARON. No sé; un encargo para la señora.

M. MOL. (Con asombro.) ¿Para mí!

- LEDUX. (Jesus! el collar!... ¡qué imprevision de presidente!...)
- MOL. (Mirando á su mujer.) ¿Para la señora? ¿De parte de quién?
- BARON. No sé: un lacayo me encontró en la escalera, me preguntó: «sois de la casa del señor Moliere?—Sí, le contesté...—Pues dad esto á la señora.—¿De parte de quién?—Ella lo sabe:—lo dejó en mis manos y aquí está.
- M. MOL. (Desfalleciendo de asombro.) (Jesus! Jesus! Qué trama infernal es esta?)
- MOL. (Despues de contemplar á su mujer un momento.) Dadme: id al teatro, no os detengais; repartid el trabajo, no tardo en seguirlos.
- BARON. (Ap. saliendo.) Qué sucede aquí?

ESCENA XVI.

DICHOS, ménos BARON.

- MOL. (Dando vueltas al estuche y mirando á su mujer.) Es un estuche!
- M. MOL. (En el colmo de la desesperacion, pero en voz baja.) Pero ¿estais dudando de mí?
- MOL. (Abriendo el estuche y mostrando el contenido á su mujer.) ¡Es un collar!
- M. MOL. (Vacilando.) Jesus!!...
- MOL. (Despues de contemplarla con calma sombría en voz baja procurando que Ledux no oiga.) No os lo envian para que lo luzcais en la fiesta de esta noche? (Cerrándolo con cólera.) Pues bien, lo lucireis en la fiesta de esta noche!...
- M. MOL. (Indignada.) Imposible!...
- MOL. (Siempre con calma sombría.) Imposible? Hé ahí una palabra que Luis catorce ha borrado del diccionario, y que Moliere ha olvidado por completo. (Alto.) Ledux! poned eso en la canastilla de la señora para esta noche, vos me respondeis de esa alhaja... (Ledux lo recoge y examina á hurtadillas.)

M. MOL. (Con energía, en voz baja.) No me la pondré.

MOL. (Con firmeza y bajo á su mujer.) Oh! yo os juro que sí, y os juro que conoceré en su actitud de amante satisfecho á la persona que os la envía.

M. MOL. (Dios mio! Dios mio! Qué nueva iniquidad es esta?)

MOL. (Gritando desde la puerta.) La silla de la señora. (Volviéndose á su mujer.) Á ensayar, á ensayar, el deber ántes que todo: el rey quiere divertirse esta noche y es preciso darle una funcion completa.

M. MOL. (Resuelta.) Salgamos.

MOL. (Viéndola salir.) Moliere! genio de la Francia, regocijo de la córte, alegría de la muchedumbre; ¿quién podrá negar que eres feliz?... completamente feliz! (Saliendo desesperado.) Dios mio! Dios mio!... si me está asesinando mi inmensa felicidad!

LEDUX. (Los ve salir, cierra y acude presurosa á las habitaciones interiores.) Magnífico presente! La fortuna de la Latourelle!... nuestra fortuna!... Qué seria sin mí de esa muchacha!... Corramos á deslumbrarla! (Entra en sus habitaciones y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de recibo de los actores. Á la izquierda, en primer término, la habitacion de vestir de Madama Moliere: á la derecha, tambien en primer término, puerta que conduce al escenario. En segundo término, á la izquierda, puerta que comunica con la sala del público: enfrente, en el mismo término, el cuarto de vestir de Moliere. Chimenea en el fondo: á un lado una puerta cerrada que supone ser la del cuarto de Ledux: espejo, reloj, jarrones, lámparas, candelabros y cornucopias de la época encendidos. La puerta del cuarto de Moliere abierta.

ESCENA PRIMERA.

LEDUX, saliendo de su cuarto y observando el de Madama Moliere.

No sé lo que va á pasar aquí! El señor Moliere empeñado en que la señora ha de lucir el collar, y ella empeñada en resistir!... Bonita escena ha habido en casa de vuelta del ensayo. (Recordándola é imitando á Moliere y á su esposa.) «Lo sacareis.»—«Os digo que no, aun cuando me hagais pedazos.» Oh! cuando la señora dice una vez que no, ¿quién la hace ceder? (Reflexionando.) Dijo con una energía... «¡Huiré, no saldré á la escena!» (Con entero conocimiento.) Oh! Y lo hará como lo dice!... Si la conoceré yo!... (Siguiendo el curso de sus ideas.) Y

como esto puede dar lugar á un escándalo, y el escándalo puede dar lugar á averiguaciones, y las averiguaciones pueden descubrir nuestro juego, es preciso evitar las averiguaciones y el escándalo. Me parece que he hecho bien en que la Latourelle disfrazada de sirvienta me haya acompañado esta noche al traer la canastilla de la señora! En mi cuarto no penetra nadie; ella ha sido actriz; acentúa bien los versos, sabe la *Escuela de las mujeres*, tiene aplomo y osadia... sabe cuanto pasa... En último caso, como he preparado para ella un traje igual, la hago que se vista... y Dios sobre todo! (Con temor.) La prueba seria arrojada!... expuesta quizá!... Pero la Latourelle tiene talento... (Sacudiendo el temor.) Adelante... quién dijo miedo?...

MOL. (Desde su cuarto.) Quién está ahí?

LEDUX. Soy yo, señor, vuestra buena Ledux.

MOL. Está vestida la señora?

LEDUX. Sí, señor.

MOL. Y yo tambien; estoy dándome el último toque: ahora la casaca; así, esto es... acabé, ya estoy aquí.

ESCENA II.

MOLIERE, LEDUX.

MOL. ¿Conque decis que la señora está vestida?

LEDUX. Sí, señor.

MOL. Completamente?

LEDUX. Completamente.

MOL. (Con recelo.) Estais segura?

LEDUX. Ya veis!... me ha dicho que salga á esperarla al bastidor, porque aquí no la hago falta.

MOL. (Afectando convencimiento.) Ya!... entónces... (Vivamente.) pero le habeis asegurado bien el collar, de modo que no oscile, que lo luzca completamente?

LEDUX. No: cuando abrí el estuche para ponérselo, me dijo: «dejad eso ahí.»

MOL. (Vivamente.) Y no se lo ha puesto?

LEDUX. No se lo ha puesto. Como en seguida se ha sentado á estudiar, yo creo que dejará ese adorno para el momento mismo de salir á la escena.

MOL. (Paseando impaciente.) No!... ¡quíá!... no... no es eso... (Conteniéndose.) Es decir... eso puede ser... (Con calor.) Eso será... (Impaciente.) pues no faltaba más! Si yo estoy empeñado en ello! ¿No ha de ser? (Corrigiéndose.) Sino que se ha propuesto desesperarme! ¿verdad, Ledux?... Ya veis el disgusto que me ha dado en casa! No he comido!

LEDUX. Ya!... vos tambien tomáis las cosas tan á pecho!... Eso es querer quitarse la vida! Estais tan delicado. (Con naturalidad.) Y despues de todo, ¿qué importa que saque ó no el collar á la escena?

MOL. (Con ingenuidad.) No; si ella en parte tiene razon!... Un collar que no se sabe de quién es!... (Procurando desorientar á Ledux.) Porque vos estabais presente cuando le trajeron: no dieron el nombre de la persona que lo enviaba; (Con calor.) pero por lo mismo, Ledux, por lo mismo, ¿no es verdad? Eso puede ser olvido del lacayo que lo trajo: puede ser el regalo de uno de nuestros protectores, quizá del rey mismo. ¡Y exponerse á desairar á un protector; tal vez al rey... al rey, á quien tanto debemos! ¿Qué seria de nosotros sin él, expuestos como estamos á los tiros de los malos poetas, á la saña de los cómicos del teatro de Borgoña!... (Con calor.) Pues por eso es mi empeño en que lo saque.

LEDUX. (Con naturalidad.) Pues ya se vé... (Quiere desorientarme!... Qué torpes son estos grandes hombres!)

MOL. (Cambiando de tono.) En fin, veré si puedo convencerla todavía... pero cuidado, Ledux; ni una palabra á nadie de estos disgustos de familia!... ¡Mis enemigos tendrian bastante para sacar partido de este incidente! Dirian quizá que soy celoso... ¡celoso como el mismo Arnolfo!... Yo! ¡Moliere!... El hombre que se burla en todas sus obras de esa debilidad humana!...

LEDUX. (Con ingenuidad.) Oh!... por mí no tengais cuidado.

Mol. (Con naturalidad.) Sí, sí; conozco vuestra lealtad. Ya sé que vos sois la reserva misma! (Despidiéndola.) Pero andad, dejadme sólo un momento; id á dar prisa á los demás actores: el tiempo se echa encima y aún tengo que darles instrucciones importantes.

LEDUX. No tengais cuidado! Ahora mismo voy de cuarto en cuarto á llamar á todos. (Ap. saliendo.) Repito que estos grandes genios son á mi ver unos genios muy pequeños! (Vase por la puerta que conduce al escenario.)

ESCENA III.

MOLIERE, despues de un momento.

Ha dicho «dejad eso ahí.»—Es decir: «saldré á la escena sin él!... Los ojos de Moliere lo ven todo desde el escenario, escudriñan hasta el último rincon del último palco; analizan todas las miradas, sorprenden hasta el más mínimo gesto... Salir con él es venderle mi secreto! Salir sin él es mantener oculto el enigma.» (Paseando vivamente.) Y saldrá sin el collar!... Saldrá sin él!... Claro! como que así se mantiene en la impunidad!... como que así se pone al abrigo de toda acusacion fundada!... (Deteniéndose.) Y he de ceder?... Oh!... no, ceder es tanto como resignarme á caminar por lo desconocido; y yo no quiero caminar por lo desconocido: (Exaltándose.) quiero sorprender ese relámpago de mútua inteligencia que vendrá á cruzarse en medio del espacio, y que mostrará á mis ojos atónitos los profundos abismos que Satanás ha abierto en el corazon de una mujer! (Al ir hácia la habitacion de Madame, sale Latorilliere por la puerta que comunica á la sala.) ¿Eh?... quién es? (Diablo de importuno.) (Con el mayor despecho, viendo á Latorilliere) Las moscas y los necios han debido nacer en un mismo día.)

ESCENA IV.

MOLIERE, LATORILLIERE.

LATOR. Hola!... ya vestido!... Dispuesto á dar la batalla!.. Bravo, señor Moliere, bravo!—Tengo el honor de daros las buenas noches!...

MOL. (Vivamente.) Gracias, señor marqués, gracias: pero dignaos perdonarme si no os presto toda la atencion que mereceis.

LATOR. (Vivamente.) Oh! nada, amigo mio, nada; lo primero es el deber: obrad como gustéis, comprendo lo delicado de vuestra situacion; ¡una fiesta de córte! Porque esta noche está aquí la córte entera!... Su majestad el gran rey Luis catorce; la reina, la reina madre, Monseñor y Madame; la señorita La Valliere, el gran príncipe [de Conti, vuestro amigo y compañero de colegio, segun dice.

MOL. (Impaciente.) Sí, sí, entiendo; la córte, lo que se llama la córte.

LATOR. Eso es! la córte!... Ademas está en masa la otra córte la córte de los sabios, la del palacio de Remboullet, con la bella Artenisa á la cabeza, madame Scudery, el abate Cotin, el poeta Voiture, madame Longueville, madame Sevigné, la señorita Davigean, á quien sirve e vencedor de Rocroy.

MOL. Bien!... Bien!... si ya conozco á todos esos señores!

LATOR. Sí, todos esos señores, enemigos vuestros en su mayor parte; enemigos que no os perdonan el triunfo obtenido en las *Preciosas ridiculas*; enemigos míos, que me han desairado por estólido, segun el parecer de Bur-sault.

MOL. (Cada vez más impaciente.) Eh!... qué os importa? Tanto peor para ellos.

LATOR. (Con calor.) Pues ya se ve que sí!... Tanto peor para ellos!... como que esta noche recibirán su merecido! ¿No es verdad, señor Moliere, que recibirán su mere-

cido; que estareis muy duro con ellos? Firme, señor Moliere, firme; descargad sin miedo, que á vuestro lado estamos lo más granado de la Francia: Boileu, La Chapelle, Racin, La Fontaine y yo!...

MOL. (Queriendo interrumpirle.) Pero!...

LATOR. Y ademas, en nuestra ayuda viene un campeon ardiente y decidido! un jóven bizarro, desenvuelto, valiente, gran admirador de vuestra esposa, por lo visto, y a cual he conocido hoy.

MOL. (Vivamente.) Cómo?...

LATOR. Sí, le he conocido hoy despues de separarnos esta mañana, de una manera bien singular.

MOL. Admirador de mi esposa? ..

LATOR. Y vuestro tambien. Hombre de gran talento!... Y sobre todo, de grandes puños! Ha enseñado á Montfleury esta mañana el modo de formar las consonantes con una gracia...

MOL. (Impaciente.) La manera de formar las consonantes?... Pero ¿qué tiene que ver?...

LATOR. Oh! es que tiene suma gracia!—Figuraos, señor Moliere, un círculo de murmuradores: figuraos á Montfleury llevando la palabra, como de costumbre.

MOL. En contra mia?...

LATOR. Se entiende!...

MEL. (Paseando vivamente.) Miserable!... un histrion sin talento!...

LATOR. Figuraos que llegó á ese círculo llamado por Voiture, en el momento en que Montfleury hablando de vos, decia á guisa de chiste: «¿Pero creis que esa mujer, es su mujer? Pues no, señores, no es su mujer, es su hija!...»

MOL. (Espantado.) Oh! ..

LATOR. «Su hija, la hija de la Bejard, de la actriz del teatro de Borgoña, á quien yo he conocido en Lyon cuando Moliere tenia relaciones con ella y andaba por esos mundos...»

MOL. Que mi mujer no es mi mujer, que es mi hija!... Infames!... (Desfalleciendo.) Infames!...

- LATOR. Acabar de decirlo, adelantarse ese jóven coloreado de ira, dar de bofetadas á Montfleury, y hacerle rodar por el suelo, todo fué uno.
- MOL. (Levantándose.) Eh?
- LATOR. Y qué bofetadas!... Ra!... Ra!... Puf!.. . Paf!...—Como las consonantes no suenan sin la ayuda de las vocales, al oír yo aquel Ra!... Ra!... tan estrepitoso, dije para mí. «Hombre! valiente lección de ortografía ha recibido este zoilo gramatical!...»
- MOL. Pero esos infames, se han propuesto deshonrarme!... (Estallando en ira.)
- LATOR. «Cuando otra vez hableis de la señora Moliere, dijo el jóven, aprended á respetarla.»
- MOL. (Con calor.) Eso dijo?... Cómo se llama ese jóven? Quién es ese jóven? Yo quiero mostrarle mi gratitud!...
- LATOR. Parece que se llama Lescot, y es presidente del parlamento de Grenoble!... gran figura!... gran talento!... manos blancas! ¡pero qué manos!... como que Bursault, que hablaba de vuestro agotado talento, enmudeció repentinamente al notar el uso expedito que sabe hacer de ellas.
- MOL. (Ofendido en su vanidad de autor.) Bursault, hablando de mí!... de mi agotado talento!...
- LATOR. Como que se había propuesto probar que no haceis mas que copiaros!...
- MOL. (Con calor creciente.) Copiarme!... Es decir, no hallar el lado vulnerable de los caracteres? Pues qué, sin salir de él, ¿no puedo encontrar un manantial de caracteres que poner en ridículo? No es él, el amigo que de frente os tiende la mano y por la espalda desgarrá vuestra reputación? No es él de esos aduladores que se arrastran como gusanos inspirando lástima al corazón y repugnancia á los ojos? No es él de esos cobardes cortesanos del favor, pérfidos adoradores de la fortuna, que os inciensan en la prosperidad, y os abandonan en la desgracia? No es él de esos miserables que se prosternan á los piés de los grandes, y miran con desden á

los pequeños, de esos que buscan el calor de las sonrisas de arriba para convertirlas en sonrisas de desprecio para los de abajo?... Oh!... sí, marqués, sí, estaré duro, implacable, sangriento, yo os lo juro; necesito desgarrar á alguien; Bursault está ahí esta noche, le tengo entre mis manos, le trataré sin piedad, sin compasion, sin caridad, como Bursault se merece, como cumple á la honra de Moliere!...

LATOR. (Admirado y aplaudiendo.) Bravo!... señor Moliere, bravo. Sois el mismo Júpiter tonante de la antigüedad!... Duro en ellos!... Descargad sin compasion los rayos de vuestra ira!... (Entran actores y aparece Madama Moliere.) Eh? Ah! vamos, os dejo con vuestros auxiliares!... Bellísima tropa!... Dar una batalla con esa coleccion de ojos!... Qué gloria! cómo os envidio, señor Moliere! (Viendo á Madama y saludándola.) Ah!... La señora!... servidor vuestro, señora Moliere!... vuestro más apasionado servidor! (Saludando á Moliere.) Saludo al genio de la Francia!... Adios!... Ah! vendré á avisar en cuanto llegue la corte!... Adios!... Adios!...

ESCENA V.

MOLIERE, MADAMA MOLIERE, actrices y actores.

MOL. (Ap. mirando á su mujer.) Oh!... ahí está!... sin el collar! El autor y el actor se habían olvidado del hombre y del marido!... Dios mio!... Dios mio!... Se necesitan las fuerzas de un Titan! Entre unos y otros van á quitarme la vida!... (Limpiándose el sudor de la frente.) No sé qué siento esta noche!... Me falta aire que respirar! (Haciendo un esfuerzo supremo y dirigiéndose á todos.) Vamos! Vamos!... La corte está para llegar y quiero que tengais presentes mis indicaciones. (Con la movilidad de un director de escena.) Estamos todos? No falta ninguno? Venid aquí, señor Croisy.—Bien! estais bien vestido, aunque hubierais debido rellenaros un poco más, como hace Montfleury en su papel del rey Nicomedes.—

Ese majadero cree que un rey debe ser muy gordo, que su andar debe ser reposado, y su manera de hablar muy ampulosa y campanuda. Todo vuestro empeño debe consistir en imitarle bien, de modo que la corte comprenda, al veros, de quién se trata. ¿No le habeis oido alguna vez en el teatro de Borgoña? Tomad en la memoria mi entonacion; reparad mis actitudes. —Así: dais un paseo; os deteneis; mirais con énfasis á vuestro interlocutor, y en seguida, enarcando los brazos y levantando una mano lentamente, decís: (Declamando con énfasis.)

«Qué te diré de Araspe? valeroso,
infatigable, audaz, batalla, triunfa,
y aumenta mi poder!...» Etcétera.

Eh? habeis oido? Pues id á recitarlo á vuestro cuarto, y en seguida á la escena. (Váse Croisy. Dirigiéndose á una actriz.) Vos, señorita Langrage, estais encargada de parodiar á la señorita Beauchateau, la dama sentimental del teatro de Borgoña. Ya la conoceis: es la misma languidez en persona: mucha languidez! mucha languidez! la viva representacion de un desmayo que nunca se realiza: la imitais en su papel de Camila, que hablando con Curiacio, dice: (Declama en tono sentimental.)

«Irás, mi dulce bien? Irás? te espero:
qué me importa el honor? tu dicha ansío:
ve, que esperando de impaciencia muero.»

Y dais un suspiro al terminar, como si el alma volara á las regiones de lo infinito. (Váse Langrage y Moliere se dirige á otro actor.) Vos, hareis la caricatura de Beauchateau, en el cid de Corneille: ya sabeis; sus pasos por la escena son agigantados; sus resoplidos sublevarian las olas del Occéano; su entonacion produce el mismo sonido que una bambalina cuando se desgarrar. Así!... (Entrando vivamente y con fiereza.)

«Verto le dejo en la rojiza arena,
pasado el corazon; su negra sangre
se interpone entre mí y entre Jimena...»

Y clavais la espada en el suelo, como quien dice:— «¿Quién me tose?»—Estais?... Os acordais todos de lo que os dije esta mañana?... Pues bien; yo quisiera repetirlo; (Desfalleciendo.) pero estoy cansado; no puedo más; recordarlo bien! repito que no puedo más, y que tengo que economizar mis fuerzas.—Idos!... Idos!... dejadme solo. (Los actores y actrices se retiran, y se quedan Moliere, Madame Moliere y Ledux.)

ESCENA VI.

MOLIERE, MADAMA MOLIERE y LEDUX, que finge arreglar el moviliario.

MOL. (Afrontando á su mujer.) En cuanto á vos, poco ó nada tengo que deciros: (Marcando su ironía.) haceis el mismo papel que hicisteis en la crítica de la *Escuela de las mujeres*: representais una de esas hijas de Eva, que porque son jóvenes, y son bonitas, y tienen popularidad, se creen autorizadas para todo. (Movimiento de Madame Moliere, que Moliere percibe vivamente.) No os altereis; no lo dije por vos: describo un carácter y nada más.— Representais una de esas mujeres que se creen virtuosas, porque tienen la habilidad de salvar ciertas apariencias; que juzgan que todo pecado es venial al lado del pecado del escándalo, y que ponen todos sus cinco sentidos en aparecer inocentes á los ojos del padre ó del marido burlado. ¿Comprendéis?

M. MOL. (Conteniéndose.) Perfectamente.

MOL. (Con naturalidad intencional.) Ya sabeis que esas mujeres suelen dar pruebas de una voluntad inflexible. Penetraos bien del carácter. Figuraos que el marido sospecha de su virtud. ¿Eh?

M. MOL. (Con calma.) Me lo figuro.

MOL. Figuraos que el marido desea someterla á una prueba que ella juzga peligrosa! Como ella no quiere que se la sorprenda con las manos en la masa.

M. MOL. (Con intencion.) Claro!... se niega á someterse á tal prueba,

MOL. (vivamente.) Eso es! resiste siempre, como... como... cómo diré yo? Figuraos que la cosa pasa entre nosotros, y que yo os digo: (Tomándola una mano con energía.) «Señora... por qué no llevais puesto el collar?» (Los dos se miran de hito en hito.) Qué diriais?

M MOL. (Con calma y reprimiendo su ira.) Si yo tuviera el carácter de esa mujer que me describis; si sorprendida por lo inesperado de vuestra pregunta me denunciára yo mismo á vuestros ojos, con la vacilacion de una conciencia culpable, trémula, agitada, convulsa, con las manos en cruz y la cabeza inclinada de vergüenza, os diria suplicante: «no me obligueis á esa prueba, os lo ruego por lo que más ameis!...» (Con la fiera del orgullo herido.) Pero si esa pregunta se dirigiese á mí, á vuestra esposa, á la esposa de Moliere... miradme bien; serena, tranquila, fiera, con la cabeza levantada y con la voz que excluye todo acento de súplica, os diria: «No me pongo ese collar, porque ese collar me deshonra, y yo no tolero la deshonra sometiéndome á una farsa.»

LEDUX. (Esto se encrespa! cuando digo que hice bien en traer á la Latourelle!...)

MOL. (Con acento desesperado.) Pero ¿no conoceis, señora, que la duda me mata?

M. MOL. (Con el mismo acento.) Y no conoceis vos que vuestra duda me asesina?

MOL. (Fuera de sí.) No adivinais en mis ojos que estoy dispuesto á todo?

M. MOL. Y no adivinais en los míos que me dejaré hacer pedazos ántes que consentir en mi ignominia? (Momento de silencio. La Ledux deslizándose con cautela.)

LEDUX. (Preciso es decir á la Latourelle que esté vestida. ¡En qué buena hora me ocurrió traerla!) (Vase.)

MOL. (Sacudiendo una mala idea.) Bah... bah... pues no estamos gritando como dos energúmenos? Ya lo pensareis mejor.

M. MOL. Os digo que no saldré á la escena, que huiré de aquí.

MOL. (Procurando dominarse.) Evitadme un alarde de fuerza evitadme un escándalo. (Con dolor.) Si supierais el daño que todo esto me hace!... Pensadlo bien!

M. MOL. Estoy resuelta.

MOL. Pensadlo bien, mientras doy una vuelta por el escenario. (Ap. saliendo.) (Dios mio! .. si creo que me va á estallar el corazon!)

ESCENA VII.

MADAME MOLIERE, con la energía de una resolucion irrevocable.

Oh! Esto es insufrible! no saldré, no; esta es una infame intriga. Ese collar viene del teatro de Borgoña, es obra de nuestros enemigos, que quieren perderme y asesinar á Moliere.—Moliere no ve; en la ceguedad de sus celos sólo tendrá ojos para ver lo que no existe. En cada mirada, en cada sonrisa verá la prueba de una culpabilidad quimérica. No saldré. (Llamando y continuando.) Ledux!—No saldré; no habrá funcion; el rey se irritará!—Ledux!...—Perderemos el favor de la corte, habrá un escándalo, me encerrarán, nos arrojarán quizá de París.—Qué importa? La prision, la miseria, todo es preferible á la deshonor!...—Ledux!... (Desesperada.) Ledux!... ¿Por dónde anda esa mujer?... Quiero que me acompañe á mi casa!—Ledux!... Pero si estaba ahí ahora mismo! (Penetra Lescot, y al verlo, se detiene Madame sorprendida.) Eh? (Quién es este caballero?)

ESCENA VIII.

MADAME MOLIERE, LESCOT.

LESCOT. (Reconociéndola y yendo á ella.) Oh, Dios mio! Qué fortuna! Vos la primera persona á quien encuentro!

M. MOL. (Retrocediendo.) Eh? Quién sois, caballero? Qué quereis? Á quién buskais?

LESCOT. (Mirando á todas partes.) Oh!... no temais, no hay nadie que pueda oirnos, esa galería esta desierta.—¿Á qué viene tal disimulo? (Bajando la voz.) Hay álguien en esos cuartos?

M. MOL. (Con asombro.) Qué es esto?...

LESCOT. Estaba impaciente por veros. (Con pasion.)

M. MOL. (Retrocediendo.) Á mí? ..

LESCOT. (Con pasion.) Oh!... no os irriteis: si he faltado á nuestro pacto, no ha sido con ánimo de comprometeros: dadme á besar vuestra mano y me iré, me iré al momento, sin replicar, sin discutir.

M. MOL. (Con asombro creciente.) Nuestro pacto!... Daros á besar mi mano! (Retrocediendo con más temor.) Estará loco este hombre?

LESCOT. (Con asombro.) Pero por qué huis de mí? No os he dicho que no quiero comprometeros? Si hay quien pueda oirnos, me iré; me encerraré en el fondo de mi palco, nadie me verá, nadie sorprenderá mis miradas... Pero miradme una vez, una sola vez, y quedaré tranquilo por toda la noche.

M. MOL. (Como sacudiendo una pesadilla.) ¿Pero es esto un sueño ó qué es? (Exaltada.) si yo no entiendo á este hombre!... (Á Lescot con energía.) Basta de farsa, caballero!... Quién sois? Qué buskais? Qué quereis?

LESCOT. (Celoso y ofendido.) Ah!... levantaís la voz! Es que álguien nos escucha?... álguien á quien teneis interés en satisfacer?... ¡Moliere quizá!...

M. MOL. Ah!... luego vos sabeis que hablais con la esposa de Moliere?

LESCOT. (Ofendido.) Extraña pregunta! (Riendo.) Ah! ya; vamos, entiendo: estais ensayando: quereis fascinarme con el poder de vuestro talento!... Dios mio!... dais tal colorido á vuestras frases, que me habeis hecho dudar!... (Dando un paso hácia ella.)

M. MOL. No os acerqueis, caballero, yo no os conozeo: vos sois un intrigante ó un loco.

LESCOT. (Asombrado.) Loco!... intrigante!... ¿pero qué teneis?

¿Por qué me tratais así? Cierlo que he sido imprudente en llegar hasta aquí. Pero el amor lo disculpa todo. ¿No he dicho que tenía sed de veros? Quería asegurarme de una duda que me infunde temores por vos.—Mi lacayo me dijo esta mañana que entregó mi encargo en vuestro casa á no sé quién, á pesar de haberle advertido que no lo diese sino á una persona que estaria preparada para recibirlo. ¿Os ha producido su torpeza algun disgusto?

M. MOL. (Con asombro que raya en ira.) El amor!... Un encargo!... Un lacayo!...

LESCOT. (En tono de reconvencion.) Por qué no veo lucir esa prenda en vuestro cuello?

M. MOL. (Adivinando con espanto.) Oh. . hablais por el collar?... (¡Luego este es nuestro enemigo, el enemigo de Moliere y el calumniador de mi honra!...)

LESCOT. (Con extrañeza.) Hablo del collar... ¿Lo habeis recibido?...

M. MOL. (Ap. enterada.) (Jesus!... quiero gritar y me falta la voz! Oh! gritar seria comprometer á Moliere!...)

LESCOT. (Vivamente.) Qué teneis? Por qué me mirais así?

M. MOL. (Temblorosa. Ap.) (Este hombre será capaz de sostener que anoche salí con él... Ha llegado hasta aquí para perderme...)

LESCOT. (Con asombro.) Pero ¿qué teneis?... Por qué temblais!...

M. MOL. (Suplicante y llorosa.) Oh! Dios mio!... Dios mio!... Qué os he hecho yo!... Por qué quereis perderme?... (Entra Moliere.) Jesus! .. Moliere!... (Retrocediendo.)

LESCOT. (Ap.) (Ah!... vamos, comprendo, nos escuchaba Moliere.)

ESCENA IX.

DICHOS, MOLIERE.

MOL. (Observando la violencia de uno y otro.) ¿Qué es esto?... Por qué se callan y se separan al verme entrar? ¿Quién es este hombre? (Alto y dirigiéndose á Lescot) Á quién bus-

cais, caballero?

LESCOT. (Con ademán de retirarse.) Á nadie, ya veis que me retiro.

MOL. (Interponiéndose.) Perdonadme, esa contestacion no me basta: en este recinto no penetran más que los actores ó mis amigos: vos no sois de los unos ni de los otros. ¿Con qué derecho, pues, habeis entrado hasta aquí?

LESCOT. (Con calma.) Amigo mio, me parece impertinente el tono de vuestra pregunta, y no me siento inclinado á contestarla. Lo único que por cortesía puedo deciros es que dispenseis mi atrevimiento, si tal os parece mi presencia en tan sagrado lugar. (Inclinándose.) Buenas noches.

MOL. (Atajándole el paso.) Esperad: vos habeis completado mi frase: este recinto es sagrado, tan sagrado como el hogar doméstico; porque esta es mi casa (Con calor.) mi segundo hogar, y en él os he hallado, dirigiendo, no sé qué frases, á una mujer que lleva mi nombre.—De qué hablabais á esa mujer dentro de mi casa?...

M. MOL. (Asustada.) Moliere! . . Por Dios!...

MOL. (Con altivez.) Ya sabeis cuál es mi nombre, caballero; contestad á Moliere, que os pregunta, y á quien el mismo rey no se desdena en hablar.

LESCOT. (Después de un momento.) Repito, señor Moliere, que el tono de vuestra pregunta me ha parecido impertinente: la altivez con que me la dirigis por segunda vez, tiene mucho de amenaza, y las amenazas hechas á hombres de mi clase, y en presencia de una señora á quien admiro, merecen bien una leccion.

MOL. (Con orgullo.) Qué quereis decir?

LESCOT. (Con cierto desden.) Que el rey se digne hablaros alguna vez, no es bastante para que os creais autorizado á interrogar á un noble con esa altanería. El nombre postizo de Moliere, es sobrado nuevo para que se haya olvidado el de Juan Bautista Poquelin, antiguo tapicero de palacio.

MOL. (Siempre altivo.) Y quién os dice que yo me avergüence de mi origen?

LESCOT. (Con calma.) En buen hora. Entónces, señor Juan Bautista Poquelin, recordad la humildad que os impone vuestra clase.

MOL. (Con orgullo.) El rey me llama Moliere.

LESCOT. (Con desden) Pues bien, señor Moliere, limitaos á entretener al rey con vuestras farsas; y si quereis obtener los fueros que la cuna otorga á los nobles de Francia, pedid al rey una ejecutoria y entónces me tendreis á vuestra disposicion. Las ejecutorias que se otorgan en el Pindo, no confieren privilegios de nobleza á los hijos de la tierra.

MOL. (Ap., humillado.) Dios mio!... (Alto.) Cuál es, pues, vuestro nombre, caballero?

LESCOT. Cuando me digne volver á este recinto, tendré el honor de satisfacer vuestra curiosidad... (Saludando.) Buenas noches! (Ap., saliendo.) (¿Ha querido humillarme ante su esposa?... Harto castigado dejo su orgullo!...)

ESCENA X.

MOLIERE, MADAMA MOLIERE.

MOL. (Despues de un momento de aletamiento, y con irónica amargura.) Tiene razon!... ¿Quién soy yo?... Nadie!... poco ménos que nadie!... Un cómico!... un histrión!... un farsante!... Ayer, el tapicero de la casa del rey... hoy, el bufon de la casa de Luis catorce... Verdad es que el rey me llama su amigo; que á veces me tiende su mano; que á veces se descubre ante mí con respeto y veneracion. Pero, todo eso, ¿qué vale? Yo no tengo una ejecutoria, no soy noble; pertenezco á una clase que está fuera de la ley, á quien la iglesia niega rezos y sepultura en sagrado. Qué hacer?... callar!... sufrir, enmudecer ante la insolencia de estos señores, aunque estos señores penetren en mi hogar y atenten á mi honra! (Con vivo dolor.) Esquilo!... Plauto!... Terencio!... poetas de la antigüedad, genios del mundo pagano, ¿sufristeis en vuestro tiempo las amarguras que hoy

sufre el pobre Moliere? Si apurasteis en la vida el dolor que apuro y, allá, desde el Olimpo, podeis infundir aliento y resignacion al errante y desheredado peregrino que sigue el rastro luminoso de vuestras huellas, fortaleced mi pecho; verted sobre mi frente el raudal de vuestro genio, para envolver en oleadas de desprecio la existencia de estos entes privilegiados que sólo vienen á la tierra á ser escarnio de la virtud, y escándalo de la inteligencia. (Cae sollozando en un sitial.)

M. MOL. (Asustada.) Moliere!.. Moliere!.. (Desesperada.) Dios mio!.. va á volverse loco!... (Sacudiéndole con pasion.) Vais á volveros loco!...

MOL. (Levantándose amenazador.) Quién es ese hombre?

M. MOL. (Retrocediendo ante su gesto.) Moliere!...

MOL. (Acercándose á ella sombrío.) Quién es ese hombre?

M. MOL. (Asustada.) Yo no le conozco.

MOL. Que no le conoceis, decís?

M. MOL. No le he visto jamás.

MOL. Que no le habeis visto y estabais suplicándole en el momento de mi aparicion?

M. MOL. (Vivamente.) No, no es verdad; vuestros ojos os han engañado.

MOL. (Imitándola.) «¿Por qué quereis perderme? Qué os he hecho yo?» No eran estas vuestras mismas palabras? Ó es que mis oidos se han engañado tambien como mis ojos? Cómo se llama ese hombre?... Cómo se llama vuestro amante?... (Cogiéndola de un brazo.)

M. MOL. (Dolorosamente.) Oh! Moliere!... me haceis daño!... soltad, Moliere!... me estais ofendiendo horriblemente!

MOL. (Casi riendo de ira.) Pues no dice esta mujer que la hago daño? Y el que vos habeis hecho á mi corazon? Qué habeis hecho de ese corazon que todo era vuestro? Le habeis vendido!...

M. MOL. (Con dolorosa energia.) No!

MOL. Le habeis hollado!

M. MOL. No!

MOL. Le habeis escarnecido!...

M. MOL. Mil veces no!

MOL. (Riendo sarcásticamente.) Y dice que no, despues de cuanto he oido!

(Con rudeza, arrojándola de sí.) Ea, basta; entrad en vuestro cuarto: acabad vuestro tocado: poneos ese collar, que es el precio de vuestra deshonra. No sois esclava del vicio? No es el collar el símbolo de la esclavitud? Pues id, esclava, id á vestiros vuestra librea; que yo desde el escenario, ese nuevo balcon de Pilato, os enseñaré á la multitud esta noche, diciendo: *Ecce mulier!*... *Ecce Molieri!*... Hé aquí la mujer de Moliere.

ESCENA XI.

DICHOS, BARON.

M. MOL. (Corriendo á él.) Amparadme, Baron, amparadme; Moliere se vuelve loco: Moliere va á cometer un crimen.

BARON. (Interponiéndose vivamente.) Eh!... qué decís? Maestro!... qué es eso, maestro?... Qué teneis!... Qué os sucede?..

MOL. (Casi rompiendo á llorar.) Que qué tengo?... Que qué me sucede?... Pues no veis que me estoy muriendo!...

BARON. Muriendo de celos, ¿no es verdad?

M. MOL. (Vivamente.) Sí, Baron, sí; tiene celos, como siempre duda de mí!...

BARON. (Con calor.) Dudar de la misma virtud!

MOL. Qué sabeis vos, Baron?—Dejadnos.

BARON. (Con calor.) Qué sé yo! Pues no he de saber que todos esos rumores que así os atormentan son obra de nuestros enemigos del teatro de Borgoña?

MOL. (Con desden.) Qué sabeis vos lo que yo he oido, lo que yo he visto esta noche?

BARON. Dónde?

MOL. Aquí mismo. (Á su mujer.) Negadlo, si os atreveis!

BARON. (Mirando á Mad.) Aquí? Señora; vos sabeis cuánto os respeto, cuánto os venero y cuánto os admiro; pero tambien sabeis que amo á Moliere con el amor que se debe á un padre. Él me sacó de la oscuridad, él dirigió mis primeros pasos en la escena; por él tengo un nombre

que al lado del suyo pasará á la posteridad. ¿Extrañareis, pues, que un hijo os pida cuenta de la honra de su padre?...

M. MOL. (Con calor.) Baron, confidente eterno de mis penas, testigo constante de mis lágrimas; á vos, que conoceis el amor con que amo á Moliere, os digo, con la mano puesta en el corazon, y el corazon puesto en Dios, que la honra de vuestro padre, que la honra de vuestro amigo, está pura y limpia de toda mancha.

MOL. (Con repugnancia.) Sacrilegio!...

BARON. (Con serenidad.) Maestro; desde el momento en que una criatura humana invoca el nombre de Dios en testimonio de su inocencia, la duda es un crimen. Abandonadla si la odiais, pero creed á quien jura en nombre de Dios.

MOL. (Tendiéndole la mano enternecido.) Corazon de niño!... Pobre corazon de niño, que aún no ha sondeado los abismos que encierra el alma de una mujer!...

BARON. (Con calor.) Abandonadla, pero no la humilleis!

MOL. (Vivamente.) Abandonarla!... (Con empacho.) ¿Y cómo, si aún la quiero á pesar mio!...

BARON. Y ¿cómo llamais á eso, maestro? Debilidad? Incertidumbre?...

MOL. Amor, Baron, amor!

BARON. Se puede amar dudando?

MOL. Pues no se vive con el pulmon dañado? Quién se arranca el corazon por más que lo sienta podrido? Los que piensan de otro modo toman la apariencia del amor por el amor mismo. (Á Mad.) Ya lo ois, señora, reios de mi debilidad, pero no puedo desecharos de mí, porque sois la enfermedad de mi vida, y esta enfermedad no tiene otro término que la muerte.

BARON. Pues bien, maestro, hablad, decid; ¿qué quereis de de ella?

M. MOL. (Vivamente.) Pretende un imposible.

BARON. (Con cariño.) Pues bien, señor Moliere, id al escenario, que reclama vuestra presencia: la corte ha salido de

palacio, está para llegar: ocupaos tranquilo de lo que os importa, que por imposible que sea vuestra exigencia, medio hallaremos aquí de satisfacer vuestras dudas y deseos.

MOL. Lo creéis así?

BARON. Os lo prometo. (Á Mad., que hace un movimiento. Ap.) Oh! Callad!

MOL. (Con calma.) Bien: espero. Saldrá con el collar, (Saliendo.) sabré quién es!... Baron no promete en balde!... (Se asoma Ledux en su cuarto y se vuelve despues de ver lo que pasa.)

ESCENA XII.†

MADAMA MOLIERE y BARON.

BARON. (Despues de verle salir.) Veis, señora, veis? Si es un niño! Si todo se obtiene de él empleando la dulzura!...

M. MOL. (Vivamente.) Callad, Baron, callad! Sabeis lo que pretende? Que ese collar que os dieron esta mañana lo saque esta noche á la escena. Cree que es el presente de un amante á quien se propone conocer, cuando es el lazo que nos tiende un traidor para perdersos.

BARON. (Vivamente.) Y sabeis quién es?

M. MOL. Sí: ha estado aquí, ha supuesto palabras que arguyen inteligencia conmigo, palabras que ha sorprendido Molier, y que han arraigado sus dudas. Yo he podido decirle:—«este es el falsario, el detractor de mi honra;»—pero he tenido miedo, no he querido comprometerle; he callado, he negado, y mi negativa y mi silencio han acabado por desesperarle.

BARON. (Con ira.) Pero quién es ese hombre?

M. MOL. No sé; un aliado del teatro de Borgoña; es uno de esos nobles puestos en ridículo por Molier y que han concitado contra nosotros las iras del palacio Rembouille t.

BARON. Dadme las señas.

M. MOL. Para qué? Para provocarle? Para perderos? Si vierais cómo ha humillado á mi pobre Molier!... (Vivamente.)

No, no saldré á la escena.

BARON. (Sorprendido.) Qué decis?

M. MOL. Quereis evitar un crimen á Moliere, conservar quizá su vida? Pues acompañadme, llevadme á mi casa; yo no quiero, yo no debo salir á la escena. Ese hombre estará ahí: si salgo con el collar, hará una demostracion de triunfo, si salgo sin él, hará una demostracion de despecho. En uno y otro caso los celos de Moliere encontrarán una razon que los justifique.

BARON. (Asustado.) Pero interrumpir la funcion, burlar á la corte, al rey que quizá está penetrando en este momento en el teatro?

M. MOL. Qué me importan los enojos del rey? Lo que me importa es el amor de Moliere, la vida de Moliere!...

BARON. (Vacilante.) Pero señora!...

M. MOL. (Resuelta.) Acompañadme, ó salgo sola.

BARON. (Convenciéndola.) Pero reflexionad que es grave la determinacion que tomais!...

M. MOL. Esperad!... cogeré mi abrigo. (Entra en su cuarto.)

BARON. (Atorvido.) Dios mío!... qué va á pasar aquí? Si yo pudiera disuadirla en el camino, ó convencerla en su casa! (Se acerca á la puerta del escenario y supone que habla con un autor.) Hola Brecourt; decid al señor Moliere que tarde lo más que pueda en empezar! (Vuelve á la escena.) ¡Si resistiéndome la pudiera detener! (Sale Madame Moliere.)

M. MOL. Acompañadme.

BARON. (Suplicante.) Os ruego que reflexioneis.

M. MOL. (Resuelta.) La tranquilidad de Moliere ántes que todo.

BARON. Mirad que vais á perderle!

M. MOL. Qué importa si no pierdo su estimacion? Me acompañais?

BARON. Señora!... (Vacilante.) Eso seria hacerme cómplice de una imprudencia temeraria.

M. MOL. (Saliendo vivamente.) Adios!...

ESCENA XIII.

BARON.

Pero oid, escuchad!... (Sin saber qué hacer.) Dios mio!... aviso á Moliere?... corro á detenerla?... (Suena dentro una marcha triunfal.) Jesus!... El rey en el teatro!... Moliere va á volverse loco!... Qué hago?... voy por ella! (Sale. La escena queda sola un momento, hasta que Ledux asoma la cabeza por el cuarto de Madama Moliere.)

ESCENA XIV.

LEDUX y á poco LATOURELLE.

LEDUX. (Observando.) Nadie, se han ido: Moliere á la escena, la señora á su casa, Baron tras ella.—Sucedió lo que esperaba.—¿Si conoceré yo el terreno que piso? (Figurando hablar con la Latourelle, que sale.) Salid sin miedo.

LAT. (Como queriendo disuadirla de una mala idea.) Pero Ledux...

LEDUX. (Con aplomo.) Os habeis enterado bien?

LAT. Muy bien, sí; pero lo que pretendéis es una locura!

LEDUX. (Sin hacerla caso.) Lo habeis oído todo?

LAT. (Vivamente y con terror.) Todo, sí, todo; ¿pero no insistireis en vuestro propósito?

LEDUX. El pacto es pacto; sois mia en cuerpo y alma. Os necesito en la escena.

LAT. (Con miedo.) En la escena!...

LEDUX. No sois actriz? ¿No sabéis la comedia de memoria?... ¿No engañais á los amantes de la señora?...

LAT. (Espantada.) Pero Moliere no se engañará!

LEDUX. (Con lástima.) Torpe seriais!... ¡No engañar á un marido celoso!...

LAT. Pero puede volver madame Moliere!

LEDUX. Oh!... en cuanto á eso perded cuidado, no volverá; es tenaz en sus resoluciones.

LAT. ¿Y si vuelve Baron?

- LEDUX. Tampoco vendrá; la señora lo retendrá á su lado hasta la vuelta de Moliere.
- LAT. Pero volviendo Moliere á su casa, comprenderá la superchería, hará investigaciones...
- LEDUX. (Vivamente y con intencion.) Antes las hará el rey si no empieza la funcion. (Empujándola hácia el cuarto de la Moliere.) Conque andad, daos prisa; en el primer acto no teneis mas que una salida breve: no mireis á Moliere...
- LAT. Sois mi demonio tentador.
- LEDUX. (Entrando y saliendo en el cuarto.) Eh! valor; acabada la funcion saldremos de Paris.—¡El collar lo ménos vale cincuenta mil libras! Vereis qué bien os sienta!...
- LAT. (Resistiendo.) Oh! imposible!... imposible!... si eso es arrastrarme á la perdicion!...
- LEDUX. (Vivamente, empujándola al cuarto de la Moliere y cerrando.) Oh! silencio, álguien llega.—Entrad: ensayad un poco vuestro papel.—Yo desviaré todo peligro...
- LAT. (Entrando.) Jesus!

ESCENA XV.

DICHAS, LATORILLIERE, LESCOT.

- LATOR. Perdonad, caballero, perdonad. Decis que extraviado penetrasteis aquí, que Moliere os ha recibido mal. ¿Por qué no le dijisteis vuestro nombre?—Si no desea otra cosa que conoceros y mostraros su gratitud por los bofetones dados á Montfleury!—¿Cómo he de tolerar yo esa mala inteligencia?... Permitid que os presente... (Reparando en Ledux.) Ah! la señora Ledux! (saludando.) Servidor vuestro, señora Ledux!... vuestro más apasionado... (Interrumpiendose.) (no; de esta no soy apasionado.) (Alto.) Por dónde anda el genio de la Francia?
- LEDUX. Caballero, el señor Moliere está en el escenario.
- LATOR. En el escenario!... como quien dice... En el campo de

la gloria! Dispensadme un momento, caballero Lescot, un sólo momento, mientras busco al genio de la Francia. Quiero que seais amigos, vuelvo con él en seguida. (Sale por la puerta que da al escenario.)

ESCENA XVI.

LEDUX, LESCOT.

Muy viva la escena.

LESCOT. (Después de verle salir.) Ledux...

LEDUX. (Mirando á todas partes.) Oh! callad!... que nadie sepa que me conoceis!...

LESCOT. Vuestra señora?

LEDUX. Ahí. Vistiéndose.

LESCOT. Quiero verla!

LEDUX. Imposible!...

LESCOT. Un sólo instante, Ledux, un sólo instante!... Hoy me ha tratado muy mal.

LEDUX. Imprudente!... ¿Pues no comprendisteis que os acechaba Moliere?

LESCOT. Por qué no advertírmelo con una mirada?

LEDUX. No la habiais prometido no penetrar jamás en este sitio?

LESCOT. Sí; pero estaba impaciente; deseaba saber si el collar habia llegado á su poder.

LEDUX. Oh! sí, ya vereis qué bien le sienta!... pero por Dios, no la comprometais, no la mireis al salir, no hagais una de esas demostraciones...

LESCOT. Oh... no, descuidad, seré prudente, la evitaré un nuevo disgusto.

LEDUX. (Mirando dentro.) Silencio!... Moliere! retiraos, disimulad.

LESCOT. (Separándose.) No temais, voy á hacerme su amigo.

LEDUX. (Ap.) Será preciso abreviar esta situacion, y eso corre de mi cuenta. (Deja pasar á Moliere y á Latorilliere y sale por la misma puerta.)

ESCENA XVII.

MOLIERE, LATORILLIERE, LESCOT.

LATOR. Hélo aquí!

MOL. (Deteniéndose, ap.) (El hombre de ántes!)

LESCOT. (Inclinándose.) Señor Moliere!...

LATOR. Permitid que os presente al conde de Lescot.

MOL. (Ap.) Ah! el-defensor de mi esposa.

LATOR. Presidente del Parlamento de Grenoble, admirador de vuestro genio y abofeteador implacable de envidiosos y murmuradores. Me ha contado que hace poco penetró hasta aquí, que lo recibisteis mal, que os habló en cambio con altanería, y todo eso es natural é inflexible como la lógica.—Cuando los hombres no se conocen!... Pero ahora que ya os conoceis...

LESCOT. (Inclinándose.) ¿Puedo esperar que admitireis mis más sentidas disculpas?

MOL. (Con dignidad é intencion.) Caballero, no tenia el honor de conoceros; pero el que como vos sabe volver por los fueros de una mujer ultrajada, bien merece la consideracion y los respetos del mundo, á empezar desde el más grande de los reyes, hasta acabar en Juan Bautista Poquelin, último ciudadano de la Francia.

LESCOT. (Con calor.) Qué es el último, caballero? Donde se habla de Moliere, los primeros bajan á ser segundos, aunque los primeros ciñan en sus sienes la corona más bella de la tierra.

LATOR. (Con calor.) Bravo!... bravo!... Las manos!... Así!... (Á Moliere.) No direis que no es tan hábil en decir piropos como en repartir bofetones!... (Rumor dentro.) Pero ese rumor!... Ah! se me olvidaba; es la corte que se impacienta.

ESCENA XVIII.

DICHOS, LEDUX, vivamente.

LEDUX. Señor Moliere!... señor Moliere!... La orden del Rey.
(Corre al cuarto de la Moliere.)

MOL. (Vivamente.) Pues á empezar. (Á los caballeros.) Perdonad, señores; pero me debo al rey.

LATOR. (Á Lescot.) Nosotros á admirar y á aplaudir.

LESCOT. (Á Moliere.) Me llevo vuestra amistad?

LATOR. (Interrunpiendo.) Eso no se pregunta.—Vamos, vamos, que ya servimos de estorbo.

LESCOT. (Dando la mano á Moliere.) Adios! (Á Latorilliere.) Á la sala, pues.

MOL. (Con desconfianza.) Qué es esto?... (Volviéndose vivamente.) Á la escena, señora, á la escena; ¿estais dispuesta?

LEDUX. (Desde dentro.) Allá va, no tardará; estoy abrochándola el collar!

MOL. (Con expresion de gozo.) El collar!... Luego Baron ha vencido!... Observaré... (Con calor.) Corazon mio, tregua por un instante á los dolores del hombre, que se ha abierto la escena, y en ella debe presentarse risueño y alborozado el genio de Moliere.

ESCENA XIX.

LEDUX, LATOURELLE, muy vivamente.

LEDUX. Conque ya ois, mucho aplomo; no le mireis nunca de frente, que á pesar de vuestra semejanza, no es fácil que un marido se equivoque.

LAT. Ya sé que ese es mi peligro.

LEDUX. Pues á triunfar, que no en vano se ha dicho que de audaces es la fortuna. (Salen por la puerta del escenario y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MOLIERE, seguido del actor Brecourt, que sale en seguida por la puerta que se supone dar á la calle.

Toma, Brecourt, toma, (Saliendo por la puerta del escenario.) esta es la llave de que yo me sirvo para entrar en casa sin necesidad de molestar á nadie.—Con ella se abren todas las puertas, ¿estás? ve, pues, corriendo; sube á mi cuarto de estudio, y tráeme unos papeles cosidos que están sobre mi mesa. Es el apunte de mi *improvisacion*, que para colmo de desdichas me he dejado olvidado allí. Ya ves que el tiempo urge; que en acabando este acto tenemos que empezar, y que ese apunte es necesario. Felizmente tú eres listo, y mi casa está cerca. Conque anda, no te detengas, vé volando—
(Sale Brecourt.)

ESCENA II.

MOLIERE, se sienta, se levanta y se pasea durante el siguiente monólogo con impaciencia febril.

Qué noche! Dios mio! qué noche! Si no acierto á darme cuenta de lo que sucede! Mi mujer, el público, la corte, todo está trocado aquí.—Mi mujer, no sé que tiene que no parece mi mujer: hay un no sé qué esta noche en su rostro, en su voz y en sus movimientos que yo no acierto á explicar: el público participa sin duda de la misma extrañeza y la corte entera se asombra de mi asombro. Y cómo no, si esta mujer no ha dicho un verso bien! Si está en la escena como una novicia, aturdida, trémula, desmemoriada! Ni vé, ni oye, ni entiende: en vano procuro ayudarla, en vano grita el apuntador: habla maquinalmente, se distrae con extrema facilidad, se olvida de lo que dice, de lo que hace, del sitio en que está!—Y en medio de este aturdimiento y de estas interrupciones, oigo desde el bastidor las risas comprimidas de mis enemigos, que vienen silbando por el espacio, como flechas envenenadas á clavarse en mi corazon. (Con profundo desaliento.) Qué caída! Dios mio! qué caída más espantosa! (Levantándose irritado contra sí.) Y quién tiene la culpa de esto? Tú, Moliere, tú: tú que has colocado á esa mujer esta noche en una situacion horrible: tú que has apocado su corazon imponiéndole el peso de tus miradas rencorosas: tú que has preocupado su espiritu llenándole de zozobra y miedo. No te bastaba saber que ese corazon no es tuyo? Pues qué te importaba averiguar la procedencia de ese collar? Por qué no prescindir de la mujer, si lo que tú necesitabas esta noche era la actriz, solamente la actriz? ¡Dios mio! Qué caída! qué horrible caída!

ESCENA III.

MOLIERE, LEDUX.

LEDUX. Jesus! Jesus! quién lo creyera! (Entrando aturdida.)

MOL. Eh? qué dices? qué ocurre?

LEDUX. (Reparando en él.) Ah, sois vos, señor Moliere?

MOL. Sí, sí, yo soy, habla! Por qué has dicho, Jesus, Jesus, ¿quién lo creyera?

LEDUX. Por... por... por nada... (Buscando una explicacion.) por lo que está ocurriendo con la señora: todas las noches la aplauden con frenesí al acabar ese último parlamento, y, ¡ya veis! esta noche, nada, el silencio más profundo, la más absoluta indiferencia.

MOL. (Vivamente.) No es verdad?

LEDUX. Pues ya se ve! intrigas de vuestros enemigos!

MOL. No, no, Ledux, no; (Con calor.) la culpa es sólo mía, yo tengo la culpa de cuanto sucede; la señora está mala, muy mala: hoy hemos tenido graves disgustos; ¡cómo Dios me ha dado este carácter!... ¡maldito carácter!... Y dices que ha acabado su parlamento? (Cambiando de tono.) qué no han aplaudido? ¡Desdichada! (Con lástima é interés vivísimo.) Traerá la muerte en el corazón!... causa tal impresion el desvío marcado del público... Pronto un vaso de agua: (Vivamente.) un vaso de agua... aquí está... trae al momento un vaso de agua. (Ledux entra por él y Moliere sale al encuentro con el mayor interés.)

ESCENA IV.

MOLIERE, LATOURELLE, que al verle procura no mostrarle el rostro.

MOL. (Dulcificando la voz.) Oh, amiga mía! serenaos, cobrad ánimo, reponeos: el público es un ingrato! No ha querido aplaudiros en ese parlamento que tan bien decís. No ha conocido que estais mala? Porque estais mala, si eso se conoce á la legua. (Poniéndola una mano en la frente.) Si parece que pisais por primera vez el escenario: que

las luces os marean; que la presencia [del público os distrae y asusta! Ah! el agua.

ESCENA V,

DICHOS, LEDUX, con una copa de agua, que recibe la Latourelle de espaldas á Moliere.

MOL. Vamos, bebed, tranquilizaos. Yo me he empeñado en ver visiones! Vos habeis estado preocupada con mis amenazas! qué extraño que hayais estado distraida? ¿No es verdad, Ledux?

LEDUX. Ya se vé que sí! (Con intencion.)

MOL. Si habeis estado... si estais desconocida!

LEDUX. Y tan desconocida! (Con intencion.)

MOL. (Con cariño.) Ah! pero ahora no será así; ¿no es verdad, amiga mia? (Con interés.) Dónde está vuestro papel? Ledux, entrad en su cuarto, buscad el papel de la señora: repasadlo, recorredlo (Ledux entra en el cuarto de Moliere.) de nuevo: cuando uno está preocupado todo lo olvida. ¿No veis lo que yo hago? Estudiar, siempre estudiar hasta el momento de salir. Si algo dudais, avisadme; ahí estoy, cerca de vos, en mi cuarto; conqu, ánimo, olvidadlo todo, todo ménos que sois actriz, la actriz querida del público, la gloria de la escena, (Con pasion.) la esposa de Moliere! (Dios mio! (Entrando en su cuarto.) ya veis que yo me olvido del hombre... ¿Que más puedo hacer?)

ESCENA VI.

LATOURELLE, LEDUX con el papel.

LEDUX. Aquí está el papel; (viéndola.) os ha dejado sola?

LAT. Silencio, está ahí! (Vivamente en voz baja.)

LEDUX. Pero qué diablos teneis esta noche? (Aproximándose con calor y en voz baja.) Era así como os prometiais que no se echase de ménos á la señora de Moliere?

LAT. (Mirando al cuarto de Moliere y con temor.) Ledux, es preciso

huir de aquí inmediatamente.

LEDUX. Qué decis? Sin acabar la funcion? (Vivamente.)

LAT. Sin acabar el acto!

LEDUX. Por qué, Latourelle, por qué? (Con enojo.)

LAT. Estoy descubierta. (Bajando con Ledux al proscenio, temerosa de ser oída.)

LEDUX. Qué decis?... (Asustada.)

LAT. Estoy descubierta y perdida.

LEDUX. Cómo! os ha conocido algun antiguo adorador?

LAT. (Vivamente y con terror.) Yo le creía lejos de Paris; le creía incorporado al regimiento que manda en Gascuña: pero ha vuelto, acaba de entrar, está ahí, en primera fila, y temo que me haya reconocido. Al verle entrar, sentí un frio de muerte correr por todas mis venas, la sangre agolparse á mis sienes. Procuré recobrarle, pero en vano: la intensidad de su mirada pesaba sobre mí como un mundo de plomo. Al considerar que puede haberme conocido, no sé lo que ha pasado por mí: la corte, el público, las luces, todo ha girado en derredor mio como una masa informe. En un momento de lucidez he querido dirigir una mirada al palco de Lescot: Lescot ha adivinado sin duda lo que pasa dentro de mí, porque sus ojos me han enviado un relámpago de cólera que ha acabado por deslumbrarme. Está celoso: ha sorprendido la fija mirada del que juzga su rival, y espera la terminacion del acto para buscarle quizá, para explicarse, para perderme.—¿Comprendeis por qué es preciso huir de aquí en el momento?

LEDUX. Jesus! Jesus!... (Aturdida.) Eso es estar entre dos fuegos. Los hombres celosos son una calamidad! Mala peste en todos ellos!... Y qué hacer?

LAT. Huir!

LEDUX. (Vivamente.) Sí! huir, huir sin pérdida de tiempo. Pero... (Deteniéndose.) huir con las manos vacías... Perderlo todo de un golpe!

LAT. Nos queda el collar.

- LEDUX. (Reflexiona.) Esperad; falta un cuarto de hora para acabar el acto; aún teneis dos salidas que hacer. Dadme la llave de vuestro tocador. Tomad el llavin de mi cuarto. Me llevo el de la señora Moliere. Si ois abrir por ahí, seré yo que vuelvo con vuestras alhajas y dinero: si tardo, salid: nos reuniremos en el punto que sabeis, y en él estaré en breve con una carroza de viaje.
- LAT. (Vivamente.) Bien, bien; corred; no perdais tiempo: haced un lío de mis alhajas y dinero: todo está reunido...
- LEDUX. Perded cuidado. (Yendo á salir.) Ah! Lescot!... Lescot al final de la galería!...
- LAT. (Asustada.) Jesus!
- LEDUX. Tambien Moliere, que os ensaye una escena mientras os arreglais en el tocador: impedid que Lescot os hable. Saldré por el escenario para no encontrarme con él. (Sale precipitadamente.)

ESCENA VII.

LATOURELLE, examinando su papel, MOLIERE.

- MOL. (Presuroso.) Estudiais, amiga mía?
- LAT. (Con cariño.) Oh, sí! perdonad si os molesto; pero mientras me renuevo el colorete, podeis decirme desde aquí...
- MOL. Ah! quereis consultarme? Me alegro; vamos á ver. (Qué tiene mi mujer esta noche que me extraña?...)
- LAT. En la escena que tenemos juntos en el segundo acto, no sé la intencion que he venido dando á los versos: ¿debo marcarlos con malicia ó con ingenuidad?
- MOL. Con ingenuidad, hija mía, con mucha ingenuidad.— ¡Si eso es lo que forma el contraste con mi excesiva suspicacia!
- LAT. Seguid, que os escucho. (Entra en el cuarto de la Moliere.)

ESCENA VIII.

DICHOS, LESCOT, sombrío.

LESCOT. (Moliere aquí!... Por qué no está en el escenario?)

MOL. (Vivamente, ap.) Ah! Otra vez aquí? Un momento: somos con vos en seguida: estoy repasando el papel de mi esposa. Está enferma! ya lo habreis notado!

LESCOT. (Vivamente y con interés.) Está enferma?

MOL. Oh! sí; pero no es cosa de cuidado: pasará pronto!

LESCOT. (Con intencion.) He creído conocerlo, y por eso venia...

MOL. (Saludándole con gratitud.) Gracias por vuestro interés.— No es el público tan atento como vos: cuando uno está enfermo, no puede estar muy acertado, y cualquier falta es disculpable. ¿No es verdad? Pero está visto, un cómico no puede estar enfermo: es una falta imperdonable.—Conque si permitis...

LESCOT. (Inclinándose.) Oh! con mucho gusto. (Esperaré!)

MOL. (Á Latourelle.) Veamos, veamos cómo vais á decir esos versos.

LAT. (Dentro.) «Él me dice que me adora;
»que por mí pierde la calma;
»que piensa en mí á toda hora,
»y es su voz tan tentadora,
»que hace estremecer mi alma.»

MOL. Jesus!... qué voz! qué modo de decir! No, no; ménos calor, ménos pasion, más candor y mayor timidez.—De otro modo yo adivinaria que estabais completamente enamorada, cuando lo que tratis de expresar es precisamente el temor de ser sorprendida en esos primeros afectos que no saben definirse bien cuando empieza el amor á dominarnos. Habeis comprendido?

LAT. Sí, sí; me parece que sí. (Aplausos dentro.)

MOL. Eh? aplauden á las segundas partes? Andad, vais á salir; no os detengais: el señor conde os dispensará. Ya veis! (Á Lescot.) somos esclavos de las tablas.

- LAT. (Saliendo precipitadamente.) (Dios mío!... Que Ledux vuelva pronto; que Lescot no esté aquí cuando yo salga.)
(Sale rápidamente sin mirar á Lescot.)

ESCENA IX.

MOLIERE, LESCOT.

- MOL. (Observando á uno y á otro.) (No se han mirado aquí ni fuera de aquí!—No se aman!) Pero, cómo, señor conde? Dejais la sala ántes que el acto se termine?
- LESCOT. (Paseándose.) Sí, amigo mío, sí; aquella atmósfera me ahoga; necesitaba respirar otro aire; dejar de ver, dejar de oír.
- MOL. (Con sentimiento.) Ah, comprendo! mis enemigos del palacio de Rembouillet, mis adversarios del teatro de Borgoña se despacharán á su gusto esta noche. Bursault, estará en sus glorias; Montfleury se creará vengado y satisfecho.—Cómo se cebarán en nuestra caída... Y ya se vé... vos, que sois tan generoso, tan apasionado del escaso mérito de este infeliz, os habeis refugiado aquí para no presenciar el triunfo de mis enemigos; para no oír los justos razonamientos de su crítica, ¿no es verdad?
- LESCOT. (Deteniéndose y mirándole un momento.) Eso es!
- MOL. (Con ingenuidad.) Porque ahora tienen razon en cuanto digan; mi esposa no puede estar peor; está desconocida.
- LESCOT. (Con intencion.) Completamente desconocida!...
- MOL. Y yo soy justo, cuando se hace tan mal como mi esposa lo está haciendo esta noche...
- LESCOT. (Sombrio.) Muy mal; indignamente mal!
- MOL. (Sorprendido.) Eh? (Me parece que esto es algo grosero!) (Piamente.) Sí, es verdad que lo hace mal; pero, en fin, está enferma. Qué se ha de hacer?
- LESCOT. (Infame! infame! si me está vendiendo.—He sorprendido su juego. —Oh! no tendré compasion.)

MOL. (Observándole.) (Qué diablos rezará entre dientes?) (Entra Baron.) Ah Baron! ¿De dónde venis que no os he visto en toda la noche?

ESCENA X.

DICHOS, BARON.

BARON. (Entrando.) De vuestra casa!

MOL. (Con extrañeza.) De mi casa?

BARON. Allí me ha encontrado Breccourt, que ha ido á buscar e original de vuestra improvisacion, que os traigo yo mismo. (Se lo da.)

MOL. Y cómo habeis entrado, (Siempre con extrañeza.) en casa teniendo yo la llave y no estando Ledux allí?

BARON. No tiene otra llave vuestra esposa?

MOL. Ah! si; pues qué se la ha olvidado que habeis tenido que ir á casa?

BARON. (Confundido.) No os entiendo, maestro.

MOL. Diab! pues bien claro me explico! Á qué habeis ido? qué haciais en mi casa?

BARON. Acompañar á vuestra esposa!

MOL. (Con sorpresa.) A mi esposa?

BARON. Á vuestra esposa.

MOL. Pero si no ha salido de aquí, si ahora mismo está en la escena!

BARON. (Con calor.) Qué decis? Si no ha pisado el escenario en toda la noche!

MOL. Eh?

LESCOT. (Vivamente.) ¿Qué quereis decir, caballero?

BARON. Si ántes de empezar la funcion, si resuelta á no ostentar el collar en su garganta resolvió arrostrar las iras del rey, y yo mismo la he acompañado á vuestra casa, en la cual queda en este instante!

LESCOT. (Sin poderse dominar.) Pues quién es esa mujer que lleva mi collar?

MOL. Eh? vuestro collar? (Espantado, mira alternativamente á Lescot, á Baron y á la puerta del escenario.) Que está en casa

:

decis? (Cogiéndose la frente con las manos.) Dios mío! se me va la razón! pierdo el juicio, me vuelvo loco! (Yendo á la puerta del escenario.)

LESCOT. Calma, señor Moliere, calma! Esperad! (Dominándose y procurando detener á Moliere.)

BARON. Maestro, por Dios, maestro! (Calmándole.)

MOL. Esperar? Qué hay que esperar? (Con cierta vaguedad.) No decís que ese collar es vuestro? (Á Lescot con espanto é ira á la vez.)

LESCOT. Sí!

MOL. Luego fuisteis vos quien lo enviasteis?

LESCOT. Sí!

MOL. Luego anoche salisteis con esa mujer y os vieron juntos en una joyería?

LESCOT. Sí.

MOL. Luego sois el autor de mi deshonra? (Queriendo arrojarle á él.)

LESCOT. No, señor Moliere! (Sujetándole con autoridad.)

MOL. El causante de mi desdicha?

LESCOT. No, Moliere! (Con dignidad.) Os estais volviendo loco!

MOL. Pues qué teneis que decir?

LESCOT. No dice este jóven que vuestra esposa no ha pisado el escenario en toda la noche?

BARON. Oh! lo juro! (Moliere procura recoger sus ideas.)

LESCOT. No dice que huyó á su casa por no ostentar ese collar en su garganta?

BARON. Sí, sí; yo mismo la acompañé y allí la dejo.

LESCOT. Pues cómo está allí y aquí á la vez? No os dice todo esto que aquí se juega una horrible intriga que afecta á un mismo tiempo á la honra de un marido, á la credulidad de un caballero, y á la santa virtud de una mujer?

MOL. Oh, sí, sí. (Haciéndose dueño de sus ideas.) Comprendo: empiezo á comprender: empiezo á ver claro. Ese collar, la manera de estar en escena, su voz, su rostro: ¡si yo (Con alegría convulsiva.) queria darme cuenta y no acertaba! ¡si yo lo presentia! Si esa mujer no es mi mujer! Oh! Dejadme (Desesperado.) asesinarla en la es-

- cena! (Con ademán de salir.)
- LESCOT. Oh! no, Moliere, no; (Deteniéndole á la par de Baron.) un poco de calma: diez minutos más de sufrimiento en cambio de toda la verdad: os lo pide el conde de Lescot, os lo ruega un hombre de justicia.
- MOL. Está bien, señor presidente, está bien: obedezco... obedezco... Qué más puedo hacer? (Cae postrado de cansancio y de dolor en una silla.)
- LESCOT. Jóven, ya conoceis (Vivamente á Baron.) lo que aquí pasa, y que la presencia de la señora de Moliere en este sitio es necesaria y urgente.
- BARON. (Vivamente.) Vendrá!
- LESCOT. Importa á su honra de mujer, á su fama de artista, y á la tranquilidad de su marido.
- BARON. Vendrá, caballero, (Con calor.) vendrá; estará aquí dentro de breves instantes, ó dejaré yo de ser quien soy.
- LESCOT. Id, pues. (Baron sale precipitadamente.)

ESCENA XI.

MOLIERE, LESCOT.

- LESCOT. Y ahora, señor Moliere, escuchadme: ante la accion de la justicia, callan las manifestaciones de la pasion y los trasportes arrebatados de la ira. La impostura, causa de estos gravísimos disgustos, está ahí, al alcance de nuestras manos, va á llegar, va á estar delante de vos, esposo ofendido y agraviado; delante de mí, amante burlado y escarnecido.
- MOL. Oh! sí; yo la aplastaré bajo mis piés.
- LESCOT. (Vivamente.) No; esperad á oír para juzgarla!
- MOL. (Con ansiedad febril.) Para qué, señor conde? Para qué? Si todo se explica perfectamente desde que aparece en la escena del mundo una doble Moliere! Su fama, su equívoca reputacion, ha podido dar pábulo á una multitud de deseos; el escándalo de Guisa y de Lauzun los han justificado. Ha habido una mujer que ha explotado con habilidad estas circunstancias. Pues á qué más?

Lo que yo necesito es justicia, que se haga justicia á la inocencia, que el mundo conozca la verdad, que respete á Moliere, que rinda un tributo de admiracion á la virtud de la mujer de Moliere.

LESCOT. Oh! podeis dudarlo?

MOL. (Con desesperacion.) Ay! sí! deja tales rastros la calumnia!

LESCOT. Esos rastros puede borrarlos la mano del verdugo.

MOL. (Exaltado.) La mano del marido deshonorado.

LESCOT. (Vivamente.) La mano del verdugo, sólo la mano del verdugo: (Con firmeza.) el marido supone pasion, ceguedad acaso; (Con firmeza.) el verdugo es la última expresion de la justicia humana. Dejad que obre el verdugo! (Aparece Latourelle.)

MOL. (Bajando la voz al verla.) Abi está!

LESCOT. (Silencio, Moliere, silencio; un poco de calma, dominad vuestros enojos, yo os lo ruego!)

ESCENA XII.

DICHOS, LATOURELLE.

LAT. (Dios mio, todavía Lescot! Ledux sin venir!)

MOL. Llegad. (Adelantándose á ella, tomándola una mano y colocándola entre los dos.)

LAT. (Con asombro.) Qué quereis?

MOL. Miradme!

LAT. (Sumamente agitada.) Ya os miro!

MOL. Habladme!

LAT. (Temblando.) Ya os hablo!

MOL. (Vivamente.) Más alto!

LAT. Qué quereis que os diga?

MOL. (Con calor.) Hablad alto, más alto; decid más, mucho más.

LAT. (Temblorosa.) Pero Dios mio! Qué es esto? qué teneis? qué quereis de mí? qué os sucede?

MOL. (Siguiendo su voz con calor.) Así, así; proseguid.

LAT. Qué os he hecho? Vuestras miradas me espantan!

- MOL. (Sacudiendo su brazo con fuerza) Más... más...
- LAT. (Dolorosamente.) Me estais haciendo daño.
- MOL. (Satisfecho de la prueba.) Eso es!... eso es... Esta no es la inflexion de su voz, la expresion de su acento! (Rechazándola.) Oh! ciego de mí! ¿Cómo he podido engañarme no siendo mi mujer?
- LAT. Ah! (Da un grito y quiere huir.)
- LESCOT. (Deteniéndola.) Quieta!
- LAT. (Espantada.) Lescot!
- LESCOT. Quieta; no os movais, no griteis, bajad la voz y responded á lo que os pregunte.
- LAT. (Con terror.) Dios mio! ¿quereis asesinar-me?
- LESCOT. (Con desden.) Para qué necesitamos vuestra vida?
- MOL. (Cerrando la puerta del escenario.) Interrogad, interrogad; yo cuidaré de que nadie penetre aquí.
- LESCOT. Me habeis otorgado vuestro amor, fingiendo ser madame Moliere, y no sois la esposa de Moliere.
- LAT. Oh! (Anonadada.)
- LESCOT. Habeis concedido vuestros favores á Guisa y á Lauzun representando el papel de la Moliere, y habeis deshonorado el nombre de la esposa de Moliere.
- LAT. Dios mio! (Aterrada.)
- LESCOT. Anoche, como de costumbre, y durante la ausencia de Moliere, habeis paseado conmigo, habeis entrado conmigo en una joyería...
- LAT. Oh! sí, es verdad! (Con dolor.)
- LESCOT. Y esta mañana, en la casa del mismo Moliere, me habeis recibido, habeis aceptado ese collar, y me ofrecisteis ostentarlo esta noche en escena!
- MOL. En mi casa! (Asombrado.)
- LAT. Jesus! (Casi desvanecida.)
- LESCOT. ¿Quién sois, pues, vos, que al amparo de una funesta semejanza atropellais por todos los respetos humanos, que así os atreveis á jugar con la honra como con los corazones, que así profanais el sagrado del hogar como el recinto de la escena, y que considerando escaso vuestro juego, manteneis desde ella inteligencia secre-

- ta con algun espectador de primera fila?
- LAT. Lescot! Lescot! (Cayendo de rodillas)
- LESCOT. Lescot no está aquí! (Con severidad.) Lescot ha muerto: delante de vos está sólo el presidente del parlamento de Grenoble. (Con energia.) Responded á un magistrado de la Francia!
- LAT. Oh, Dios mio, (Ocultando el rostro.) Dios mio!
- LESCOT. (Con firmeza.) Levantaos y responded, si no quereis que llame y os entregue al punto á los mosqueteros del rey!
- LAT. No, piedad, no: yo lo diré todo; lo confesaré todo! (Levantándose vivamente.)
- LESCOT. Hablad! quién sois? cuál es vuestro nombre verdadero?
- LAT. (Llorando.) Soy hija de la desgracia. Me llamo Margarita Latourelle.
- LESCOT. Quién os ha inspirado la idea de esta infame farsa que venis representando?
- LAT. Ledux!
- MOL. Ledux? mi ama de gobierno, la persona de mi mayor confianza? (Con espanto.) Mirad lo que decís!
- LAT. Ella, ella me buscó, ella me trajo á una casa medianera de la vuestra y abrió una comunicacion que me permitia representar mejor mi comedia. Ella me ha dado vestidos, me ha puesto al cabo de los secretos de familia, me ha presentado á los admiradores de la señora Moliere, me ha enseñado á declamar la *Escuela de las mujeres*, me ha empujado aquí esta noche y me ha perdido, me ha perdido para siempre.
- MOL. (Con asombro.) Pero qué la he hecho yo, qué la ha hecho mi esposa, para que pague nuestro cariño con tal alevosia?
- LAT. (Temblorosa y sollozando.) Oh!... nada, señor, nada; pero es codiciosa de dinero. (Á Lescot.) Yo he querido revelároslo todo hoy mismo—preguntádselo—pero me dijo que me odiaríais, que me entregaríais á la justicia, y he temido á la justicia y he temido perderos.

- LESCOT. Oh! calla: no habéis más de mí. (Con repugnancia.)
- LAT. Oh! Lescot! Lescot! despreciadme, aborrecedme: lo merezco; pero no me entregéis á la justicia, no me entregéis á la vergüenza pública! Dios sabe que queria ser leal é ingénua con vos: Dios sabe que queria huir: que ahora mismo, adivinando vuestros celos, y creyéndome descubierta por ese espectador con quien sospechais que mantengo inteligencia, iba á partir con Ledux, que está para llegar.
- MOL. Ledux no está en el teatro?
- LAT. No; está en mi casa, recogiendo mis alhajas: debe llegar de un momento á otro para partir conmigo á Italia. (Con abatimiento.)
- MOL. Oh! callad! (Suena el ruido del llavín.) qué suena? (Escuchando.)
- LAT. (Vivamente en voz baja.) Ledux que llega: el ruido del llavín!
- LESCOT. (Vivamente á Moliere, señalando á su cuarto.) Oh! vos allí... yo en esa otra puerta.
- MOL. Si esta mujer ha dicho la verdad, mi perdon para ella, el castigo y la vergüenza para la infame Ledux. (Se esconde precipitadamente.)

ESCENA XIII.

LATOURELLE, LEDUX, entra vivamente con un envoltorio.

- LEDUX. Venid, no hay tiempo que perder; aquí están vuestras alhajas, vuestro dinero. Baron ha llegado á casa de la Moliere, le ha contado cuanto pasa; y la Moliere, que aún no se habia mudado de traje, se dispone á venir: lo he oido desde la puerta de mi cuarto y me he adelantado para deciros: «huyamos ó somos perdidas.»
- LAT. Oh! Ledux! no os decia que me guiabais á la perdicion?
- LEDUX. Dejaos de reconvenciones inútiles: lo hecho hecho está: ya somos ricas: partamos ántes que llegue la Moliere.

ESCENA XIV.

DICHOS, MOLIERE, LESCOT, dos mosqueteros del rey.

MOL. Esperad, Ledux!

LEDUX. Jesus! (Aterrada dejando caer el envoltorio.)

LESCOT. (Á los mosqueteros.) Señores, prended á esa mujer en nombre del rey.

LEDUX. Á mí? Señor Lescot!... (Aterrada.) Señor presidente... qué es esto, Latourelle?

LESCOT. (Á un mosquetero.) Recoged ese envoltorio: encerrad á esa mujer en San Lázaro, que mañana hará justicia la justicia del rey.

LEDUX. Perdon, señor Moliere... (Aterrada.) perdon... tened compasion de mí!

MOL. (Rechazándola.) Infame! Pues la has tenido tú de la inocencia?

LESCOT. Llevadla, y si grita, ponedla una mordaza!

LAT. Dios mio! (Con temblor convulsivo.) Qué horror... qué horror!

ESCENA XV.

MOLIERE, LESCOT, LATOURELLE.

LESCOT. Ya veis que esa mujer ha dicho la verdad. (Á Moliere señalando á Latourelle.) Qué quèreis que hagamos de ella? Qué castigo la imponeis? Hablad, su suerte está en vuestras manos, dictad su sentencia! (Latourelle mira á Moliere atónita.)

MOL. Yo su sentencia! (Contemplándola un momento.) Me ha hecho sufrir tanto, tanto!... que no puedo ménos de otorgarla mi perdon en cambio de la alegría que ahora me da.

LAT. Oh! Dios mio!... (Cayendo de rodillas ante Moliere.) dejadme besar vuestra mano, Moliere.—Sois la misma virtud!

MOL. No, no, alzá, partid; huid: yo no soy la virtud, lo

que soy es la debilidad personificada: soy la compasión que se estremece: soy el dolor que llora en presencia de otro dolor.

LESCOT. Huid, marchad, aprovechaos de la clemencia de Moliere, y que mañana no os encuentre en Paris la justicia del rey!

BARON. Entrad, señora, entrad; (En el cuarto de la Moliere.) esta puerta reservada está abierta.

MOL. La voz de Baron. (Vivamente.)

LESCOT. Ella! (Á Moliere.) Partid. (Á Latourrelle.)

LAT. Adios! (Vacilando de angustia y temor, sale por la puerta que comunica á la sala.)

MOL. Oh! (Como asaltado por una idea generosa.) ¿Por dónde se ha marchado esa mujer? Ledux puede verla aún y designarla por cómplice!

ESCENA XVI.

DICHOS. BARON.

BARON. Maestro, la señora está en su cuarto y se dispone á salir: Todo lo sabe!

MOL. (Poniéndose la mano en el corazon.) Oh! (Vivamente.) Baron, por ahí ha salido una mujer, corred tras ella, hacedla volver y obligadla á huir por la puerta del escenario! Pronto!

BARON. Descuidad. (Sale corriendo.)

ESCENA XVII.

MOLIERE, LESCOT.

LESCOT. (Vivamente.) Por qué tal interés en favor de esa desventurada?

MOL. (Con lástima.) Por eso; porque es desventurada, porque lleva la muerte en el corazon; porque Dios perdonó á sus enemigos.

LESCOT. Señor Moliere, (Dándole la mano con entusiasmo.) en la tierra sois un genio! en el cielo sereis un santo! Os doy

gracias en nombre de esa mujer!

MOL. Oh! (Cogiéndole de una mano, viendo salir á su esposa.) mirad, sostenedme, apenas puedo tenerme en pie!

LESCOT. Mirad á vuestra vez. (Viendo á la vez á Baron que conduce á Latourelle á la puerta del escenario.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, MADAME MOLIERE.

Se detiené al ver á Baron, que cruza con la Latourelle y que entra con ella por la puerta del escenario. Lescot se inclina ante Madame Moliere respetuosamente. Moliere, preso de una violenta agitacion, se deja caer de rodillas cuando Madame Moliere se dispone á atravesar la escena

MOL. (Señalando á la puerta del escenario.) Mi ángel malo que se va... Mi ángel de gloria que vuelve. (Señalando á su esposa.)

M. MOL. Oh! Qué haceis, Moliere, qué haceis? (Vivamente.)

MOL. (Casi ahogado por la emocion.) Arrodillarme ante la virtud que triunfa, ante el ángel custodio de mi honor y de mi gloria.

M. MOL. Alzad, Moliere, alzad! olvidad! creed!

BARON. Venid, señora, venid; os toca salir; es la última salida; no hay tiempo que perder. (Desde la puerta.)

M. MOL. (Con el orgullo de su propio valer.) Oh! vamos... Esta vez el público no se equivocará. (Mirando á Lescot.) No se equivocará nadie. (Lescot se inclina profundamente.)

ESCENA XIX.

MOLIERE, LESCOT.

MOL. (Levantándose y con las manos puestas en el corazon, sin poder respirar apenas.) Olvido! Creo! Dios mio! Y yo he podido confundirla!

LESCOT. (Ap. con empacho.) Ni aun me he atrevido á disculparme humillado por la vergüenza! (Suena un aplauso estrepitoso, y voces de bravo repetidas.)

- MOL. Ois! aplauden! gritan! (Gritando.) Bravo! (Yendo vacilante y anheloso hasta la puerta del escenario.) La han conocido! Esta vez no se equivocan! (Se repite dentro el tumulto de aplausos. Moliere, convulso y desencajado, grita lleno de emoción y de alegría, hasta que el dolor que experimenta le contiene.) Así, así; gritad... aplaudid... esa es mi musa. Esa es la actriz de Francia! esa es la esposa de Moliere! (Interrompiéndose por el dolor, se lleva las manos al pecho, á la frente, y luego saca un pañuelo, con el cual afecta contener el vómito) Oh! qué es esto? Mi pecho se rompe!
- LESCOT. (Asustado, sosteniéndole.) Qué teneis?
- MOL. La frente me estalla!
- LESCOT. Moliere! amigo mio! Qué teneis?
- MOL. La alegría! la alegría que me mata... Oh! sangre... (Se lleva el pañuelo á la boca.) Sangre! me muero! (Voces dentro y ruido de aplausos.)
- LESCOT. Oh! Sangre! una vena rota quizá! (Espantado al ver el pañuelo teñido en sangre.) Socorro, socorro á Moliere! (Llamando.)

ESCENA XX.

DICHOS, BARON, y á poco actores y actrices.

- BARON. (Con júbilo.) Oh! qué triunfo!... qué triunfo!... cómo ha dominado á la multitud entera!...
- LESCOT. Acudid, caballero, acudid; Moliere se muere... (Movimiento de sorpresa en todos los actores, que se apresuran á rodearle.)
- BARON. (Con espanto.) Que se muere?... (Gritando.) Un médico... los médicos del rey! (Acercándose y sosteniéndole.) Ánimo, maestro, ánimo; eso no será nada: cobrad aliento. Ah! llega vuestra esposa: el público no se ha engañado esta vez. (Con íntima satisfacción.) Gozaos en vuestro triunfo y en su triunfo: considerad que aún teneis que hacer *El enfermo de aprension*.
- MOL. (Desfallecido.) Imposible!... No lo haré más... yo lo juro.
- LESCOT. (Mirando á la puerta del escenario.) Su esposa!

BARON. (Á los actores.) Oh! Impedid que lo vea! (Los actores se agrupan cercando á Moliere.)

ESCENA XXI.

DICHOS, MADAMA MOLIERE, con la satisfaccion del triunfo.

M. MOL. Moliere!... Moliere!... Dónde está?

BARON. (Queriendo detenerla.) Ah! por Dios, bajad la voz: va á matarle la alegría de oiros y de veros.

M. MOL. (Con espanto.) Pues qué ocurre? (Moliere se ha incorporado por un esfuerzo supremo; y poniéndose de pié, ha separado á los actores con energía.)

MOL. Dejad que llegue hasta mí!

M. MOL. Moliere!... (Con un grito de espanto.) Ah! qué teneis? Por qué mirais al cielo?

MOL. ¡Sus puertas se abren para mí!...

M. MOL. Se muere! (Cayendo de rodillas.) Socorro! socorro!

MOL. (Cayendo en un sitial.) Es tarde! (Á los actores.) Honrad su su virtud; respetadla como yo la respeto; amadla como yo la amo!

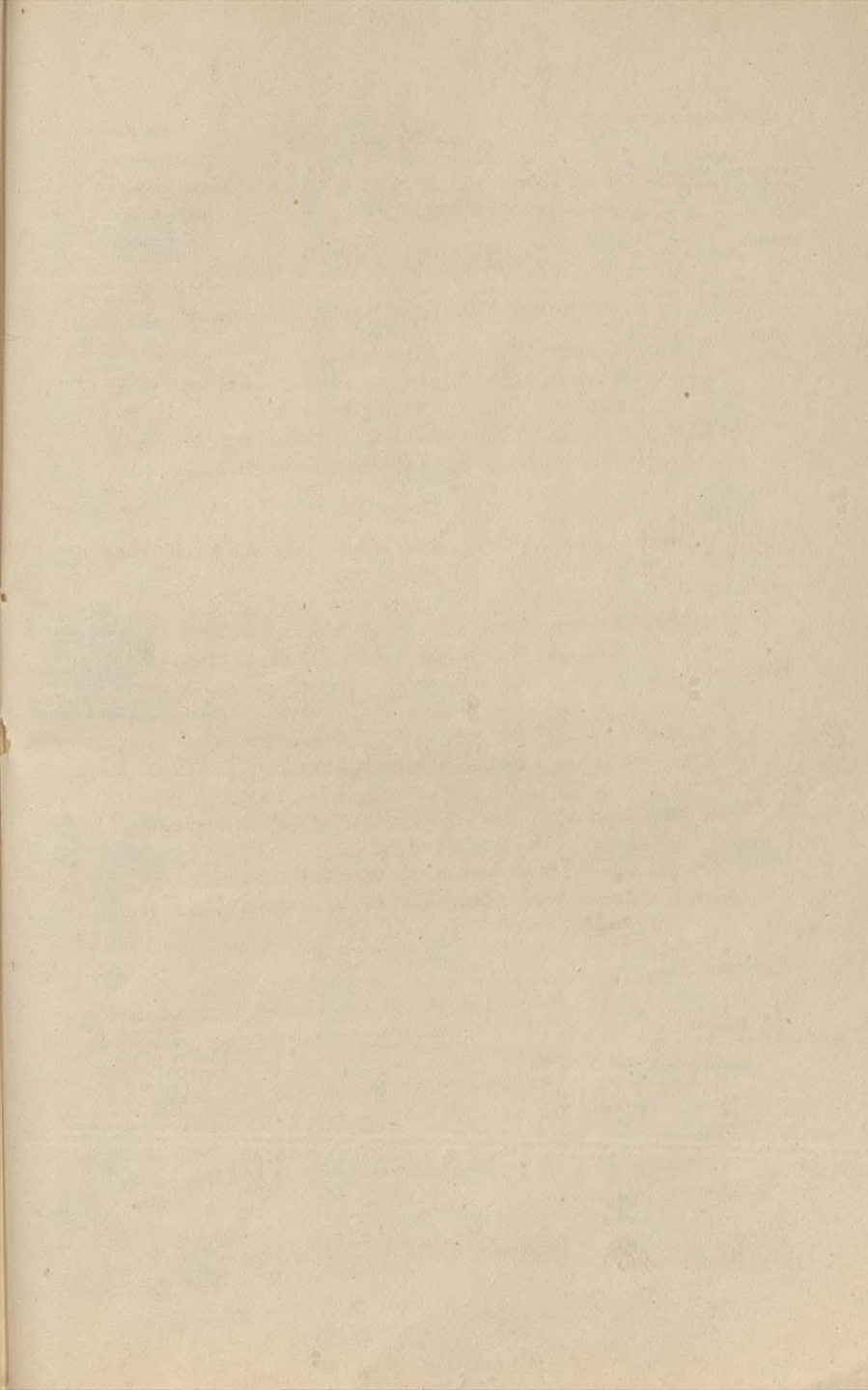
M. MOL. (Gritando.) Dios mio! Aún podemos ser felices.

MOL. (Sonriendo y señalando al cielo.) Lo seremos!... allí!... te espero... (Inclina la cabeza y muere.)

M. MOL. (Ocultando la frente entre sus manos.) Jesus!!... (Consternacion general: momento de silencio.)

LESCOT. (Con solemnidad, á los actores.) Descubrios, señores; Francia acaba de perder una de sus primeras glorias. (Cae el telon.)

FIN.



La segunda cenicienta.
La peor cuna.
La choza del almadreno.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los uolinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Lluven hijos.
Las dos madres.
Los extremos.
La hija del Rey René.
La frutera de Murillo.
La cantinera.
La venganza de Catana.
La marquesita.
La novia de la vida.
La torre de Garan.
La nave sin piloto.
Los amigos.
La judía en el campamento, ó
glorias de Africa.
Los criados.
Los caballeros de la niebla.
La escala de matrimonio.
La torre de Babel.
La caza del gallo.
La desobediencia.
La buena alhaja.
La niña mimada.
Los maridos (refundida).
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mio so y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y Maria.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.
Matall! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y blanco.
Ninguno se entiende, ó un hom-
bre tímido.
Nobk za contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Proposito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premito y castigo, ó la conquis-
ta de Konda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Prestamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convidó al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mía!
¿Quien es el autor?
¿Quien es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imagen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (Patron de Madrid.)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabiar por cuenta ajena.
Tod unos.
Torbellino.
Una mor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un domine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una lección reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocación.
Un retrato á quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una lección de corte.
Una tarta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lagrima y un beso.
Una lección de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicidal!
Un marido cogido por los casbe-
llos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarriña, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.
Ardides y cuchilladas.
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.
D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
veedor.
Don Pascual.
El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lirico.)
El Postillon de la Rioja (Música.)
El vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El colegial.
El último mono.
El primer vuelo de un pollo.
Entre Pinto y Valdemoro.
El magnetismo... ¡animal!
El califa de la calle Mayor.
En las astas del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapiés.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraíso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueno del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. (Música.)
Jacinto.
La lútera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (Música.)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.

La Jardinera. (Música.)
La toma de Teiuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitana.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La senora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matca.
Moreto. (Música.)
Maulde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Petuquero y marques.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	<i>B. Ruiz.</i>	<i>Lucena.</i>	<i>J. B. Cabeza.</i>
<i>Alcalá de Henares.</i>	<i>Z. Bernicjo.</i>	<i>Lugo.</i>	<i>Viuda de Pujol.</i>
<i>Alcoy.</i>	<i>J. Martí.</i>	<i>Mahón.</i>	<i>P. Vincent.</i>
<i>Alicante.</i>	<i>R. Muro.</i>	<i>Malaga.</i>	<i>J. G. Taboadela y F. de Moya.</i>
<i>Almagro.</i>	<i>Viuda de Ibarra.</i>	<i>Manila (Filipinas).</i>	<i>A. Olona.</i>
<i>Almería.</i>	<i>A. Vicente Perez.</i>	<i>Mataro.</i>	<i>N. Clavell.</i>
<i>Andijar.</i>	<i>M. Alvarez.</i>	<i>Mondolico.</i>	<i>Viuda de Delgado.</i>
<i>Antequera.</i>	<i>D. Caracuel.</i>	<i>Montilla.</i>	<i>D. Santolalla.</i>
<i>Aranjuez.</i>	<i>J. A. de Palma.</i>	<i>Murcia.</i>	<i>T. Guerra y Herederos de Andrian.</i>
<i>Avila.</i>	<i>D. Santisteban.</i>		<i>V. Calvillo.</i>
<i>Aviles.</i>	<i>S. Lopez.</i>	<i>Ocaña.</i>	<i>J. Ramon Perez.</i>
<i>Badajoz.</i>	<i>M. Roman Alvarez.</i>	<i>Orense.</i>	<i>J. Martinez Alvarez.</i>
<i>Baeza.</i>	<i>F. Coronado.</i>	<i>Orihuela.</i>	<i>V. Montero.</i>
<i>Barbastro.</i>	<i>J. R. Segura.</i>	<i>Osuna.</i>	<i>J. Martinez.</i>
<i>Barcelona.</i>	<i>G. Corrales.</i>	<i>Oviedo.</i>	<i>Hijos de Gutierrez.</i>
	<i>A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I. Cerdá.</i>	<i>Palencia.</i>	<i>P. J. Gelsbert.</i>
<i>Bejar.</i>	<i>P. Lopez Coron.</i>	<i>Palma de Mallorca.</i>	<i>J. Rios Barrena.</i>
<i>Bilbao.</i>	<i>E. Delmas.</i>	<i>Pamplona.</i>	<i>J. Buceta Solla y Comp.</i>
<i>Burgos.</i>	<i>T. Arnaiz y A. Hervias.</i>	<i>Pontercedra.</i>	<i>J. de la Gámar.</i>
<i>Cabra.</i>	<i>B. Montoja.</i>	<i>Priego (Cordoba.)</i>	<i>J. Valderrama.</i>
<i>Cáceres.</i>	<i>J. Valiente.</i>	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	<i>J. Mestre, de Mayagüez.</i>
<i>Cádiz.</i>	<i>V. Morillas y Compañia.</i>	<i>Puerto Rico.</i>	<i>C. Garcia.</i>
<i>Calatayud.</i>	<i>F. Molina.</i>	<i>Requena.</i>	<i>J. Prius.</i>
<i>Canarias.</i>	<i>F. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.</i>	<i>Ries.</i>	<i>M. Prádanos.</i>
<i>Carrmona.</i>	<i>J. M. Eguiluz.</i>	<i>Rioseco.</i>	<i>Viuda de Gutierrez.</i>
<i>Carolina.</i>	<i>E. Torres.</i>	<i>Ronda.</i>	<i>R. Huebra.</i>
<i>Cartagena.</i>	<i>J. Pedreno.</i>	<i>Salamanca.</i>	<i>R. Martinez.</i>
<i>Castellon.</i>	<i>J. M. de Soto.</i>	<i>San Fernando.</i>	<i>J. Aldrete.</i>
<i>Castroreudiales.</i>	<i>L. Ocharán.</i>	<i>San Ildefonso (La Granja)</i>	<i>i. de Oña.</i>
<i>Ceuta.</i>	<i>M. Garcia de la Torre.</i>	<i>Sancti.</i>	<i>A. Garralda.</i>
<i>Ciudad-Real.</i>	<i>P. Acosta.</i>	<i>San Sebastian.</i>	<i>S. Herrero.</i>
<i>Córdoba.</i>	<i>M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Loyera.</i>	<i>San Lorenzo (Escorial.)</i>	<i>C. Medina y F. Hernandez.</i>
	<i>J. Lago.</i>	<i>Santander.</i>	<i>B. Escribano.</i>
<i>Coruña.</i>	<i>M. Mariana.</i>	<i>Segovia.</i>	<i>L. M. Salcedo.</i>
<i>Cuenca.</i>	<i>J. Guill.</i>	<i>Sevilla.</i>	<i>F. Alvarez y Comp.</i>
<i>Ecija.</i>	<i>N. Taxonera.</i>	<i>Soria.</i>	<i>F. Perez Rioja.</i>
<i>Ferrol.</i>	<i>M. Alegret.</i>	<i>Talavera de la Reina.</i>	<i>A. Sanchez de Castro.</i>
<i>Figuera.</i>	<i>F. Dorca.</i>	<i>Tarazona de Aragon.</i>	<i>P. Veraton.</i>
<i>Gerona.</i>	<i>Crespo y Cruz.</i>	<i>Tarragona.</i>	<i>V. Font.</i>
<i>Gijón.</i>	<i>J. M. Fuenzalida y J. M. Zamora.</i>	<i>Teruel.</i>	<i>F. Baquedano.</i>
<i>Granada.</i>	<i>R. Onana.</i>	<i>Toledo.</i>	<i>J. Hernandez.</i>
<i>Guadalajara.</i>	<i>M. Lopez y Compañia.</i>	<i>Toro.</i>	<i>L. Poblacion.</i>
<i>Habana.</i>	<i>P. Quintana.</i>	<i>Trujillo.</i>	<i>A. Herranz.</i>
<i>Haro.</i>	<i>J. P. Osorno.</i>	<i>Tudela.</i>	<i>M. Izalzu.</i>
<i>Huelva.</i>	<i>R. Guillen.</i>	<i>Tus.</i>	<i>M. Martinez de la Cruz.</i>
<i>Huesca.</i>	<i>R. Martinez.</i>	<i>Ubeda.</i>	<i>T. Perez.</i>
<i>Irun.</i>	<i>J. Perez Fluixá.</i>	<i>Valencia.</i>	<i>I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.</i>
<i>Játiva.</i>	<i>F. Alvarez de Sevilla.</i>	<i>Valladolid.</i>	<i>D. Jover y H. de Rodrigz.</i>
<i>Jerez.</i>	<i>J. Urquia.</i>	<i>Vich.</i>	<i>Soler, Hermanos.</i>
<i>Las Palmas (Canarias)</i>	<i>Mihon Hermano.</i>	<i>Vigo.</i>	<i>M. Fernandez Dios.</i>
<i>León.</i>	<i>J. Sol e hijo.</i>	<i>Villanueva y Celtrá.</i>	<i>L. Creus.</i>
<i>Lerida.</i>	<i>R. Carrasco.</i>	<i>Vitoria.</i>	<i>A. Juan.</i>
<i>Linares.</i>	<i>P. Bricba.</i>	<i>Zafra.</i>	<i>A. Oguet.</i>
<i>Logroño.</i>	<i>A. Gomez.</i>	<i>Zamora.</i>	<i>V. Fuertes.</i>
<i>Lorca.</i>		<i>Zaragoza.</i>	<i>L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.</i>

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Principe.